

ROSAS Y LUIS XI.

Estábamos esperando algunos datos que habíamos pedido á América, con el objeto de terminar la serie de artículos sobre el Rio de la Plata que empezamos á publicar en LA ILUSTRACION, cuando el último paquete nos trajo la feliz nueva de la caída de Rosas.

Este desenlace, que habíamos vaticinado con mucha antelación, no nos sorprendió: los elementos reunidos contra él en esta nueva cruzada, no podían menos, como demostramos entonces, de aniquilar para siempre su formidable poder.

El resultado ha correspondido á nuestras esperanzas: merced al arrojo y patriotismo del general Urquiza, y de sus dignos aliados, Montevideo, Corrientes y el Brasil, el dictador ha venido á esconder su ignominia en Europa. La Providencia, siempre justiciera, ha querido reservarle este suplicio de condenado. Justo es que arrastre lejos de su patria una existencia envilecida y despreciable, el que por tantos años fué el azote y oprobio del suelo que le vio nacer, y obligó á millares de sus compatriotas á mendigar el pan amargo del destierro. No era digna su vida miserable que la mano de un hombre libre la sacrificase en el campo de batalla, abriéndole la gloriosa tumba reservada tan solo á los valientes.

Conviene que viva para que sirva de escarmiento á los que quieran imitar su ejemplo. Conviene que viva para que oiga desde un rincón de la apartada Europa, el grito unánime de entusiasmo y demente alborozo, confundido con el anatema universal que se levanta contra él desde el Uruguay hasta los confines del Brasil, desde las riberas del Plata hasta las faldas de los Andes.

En ese inmenso territorio, donde él imperó como amo absoluto, hoy la libertad, precedida por la victoria, abre una nueva era de paz, de unión, de olvido, de progreso y felicidad. ¿Qué mayor suplicio para Rosas?... Arrojado del altar, escarnecido y belado por los mismos que le incensaron como á un dios, condenado como un réprobo á presenciar la dicha de los bienaventurados, ¿no sufrirá los tormentos de Luzbel, á quien tanto se parece en ferocidad y orgullo, al verse encadenado en el abismo que sus crímenes le han abierto? Al considerar que ni en vida ni en muerte hay redención para él; porque, vivo, sus hechos son tales, que una vez en tierra no hay poder humano que vuelva á encumbrarle á la altura de donde cayó; y muerto, la historia imparcial, que no es otra cosa que el fallo de la posteridad, no podrá menos de marcar su nombre con sello perdurable de infamia, y enseñarle maldecido y execrado á las generaciones venideras, como el símbolo mas exacto de todo lo malo que puede engendrar la ignorancia, el despotismo y la barbarie.

Hoy pues que su estrepitosa caída ha llamado vivamente la atención del mundo civilizado, volvemos á emprender nuestra interrumpida tarea, deseosos de aumentar la celebridad de Rosas, y de acabar de darle á conocer en España. ¡Ojalá nos fuera dado hacer otro tanto en las demás capitales de Europa, y muy principalmente en París y Londres, donde plumas venales siguen todavía haciendo su apoteosis (1).

(1) Aprovechamos esta ocasión para dar las mas espresivas gracias á la prensa española, y en particular al *Clamor Público*, por la manera noble y digna con que se ha ocupado generalmente de las cuestiones del Rio de la Plata. El *Clamor*, con un desinterés y bene-

Prescindiendo de la verdad de los hechos, juzgamos que en la actualidad todo lo que á él se refiera debe tener doble interés para nuestros lectores de la Península y de América, y esta consideración nos ha movido á escribir el siguiente paralelo, cuya idea primitiva nos fué inspirada por el motivo que vamos á referir.

No hace mucho tiempo que viendo representar por primera vez á Valero, á ese eminente actor, el magnífico drama que lleva por título *Luis XI*, nos pareció notar algunos puntos de contacto, algunas estrañas coincidencias entre el carácter y

volencia que le honran, espontánea y gratuitamente ha reproducido, integros, varios artículos que en refutación á las calumnias de los agentes de Rosas ha publicado en París y Londres nuestro distinguido amigo, el general D. Melchor Pacheco y Obes.

la vida pública y privada de aquel monarca, y el carácter y la vida pública y privada del célebre dictador de Buenos-Aires, D. Juan Manuel Rosas.

Es muy probable que no hubiésemos parado mientes en este pensamiento, que nos asaltó durante la representación, si una circunstancia, ó mejor dicho, una costumbre que conservamos desde la niñez, no nos hubiese obligado á fijar nuestras ideas, vagas é indecisas hasta entonces, á coordinarlas, á formular un juicio sobre ellas, y á establecer involuntariamente una especie de paralelo, que nos dejó en efecto sorprendidos.

Acostumbramos leer de noche, y siempre que vemos en la escena un personaje histórico que nos preocupa fuertemente el ánimo, procuramos tener á mano antes ó despues de la representación, algun buen libro, si es posible, el mejor que se haya escrito sobre los sucesos á que se refiere el drama ó comedia, y encontramos un verdadero placer en recordar lo que habíamos olvidado, ó ilustrarnos acerca de lo que ignorábamos. Así conseguimos á un tiempo entretener agradablemente nuestras continuas veladas, y al cabo de una lectura mas ó menos detenida, convencernos por nosotros mismos de la menor ó mayor verdad histórica que en el drama tienen los personajes y sucesos que en él figuran.

Con este objeto, pues, la misma noche que vimos representar á Valero con tanta propiedad é inmejorable acierto el *Luis XI*, cogimos al acostarnos á uno de nuestros autores favoritos, á Chateaubriand, y la luz del alba nos sorprendió leyendo el tomo III de sus *Estudios históricos*, que contiene, como saben nuestros lectores, el *Análisis razonado de la historia de Francia*.

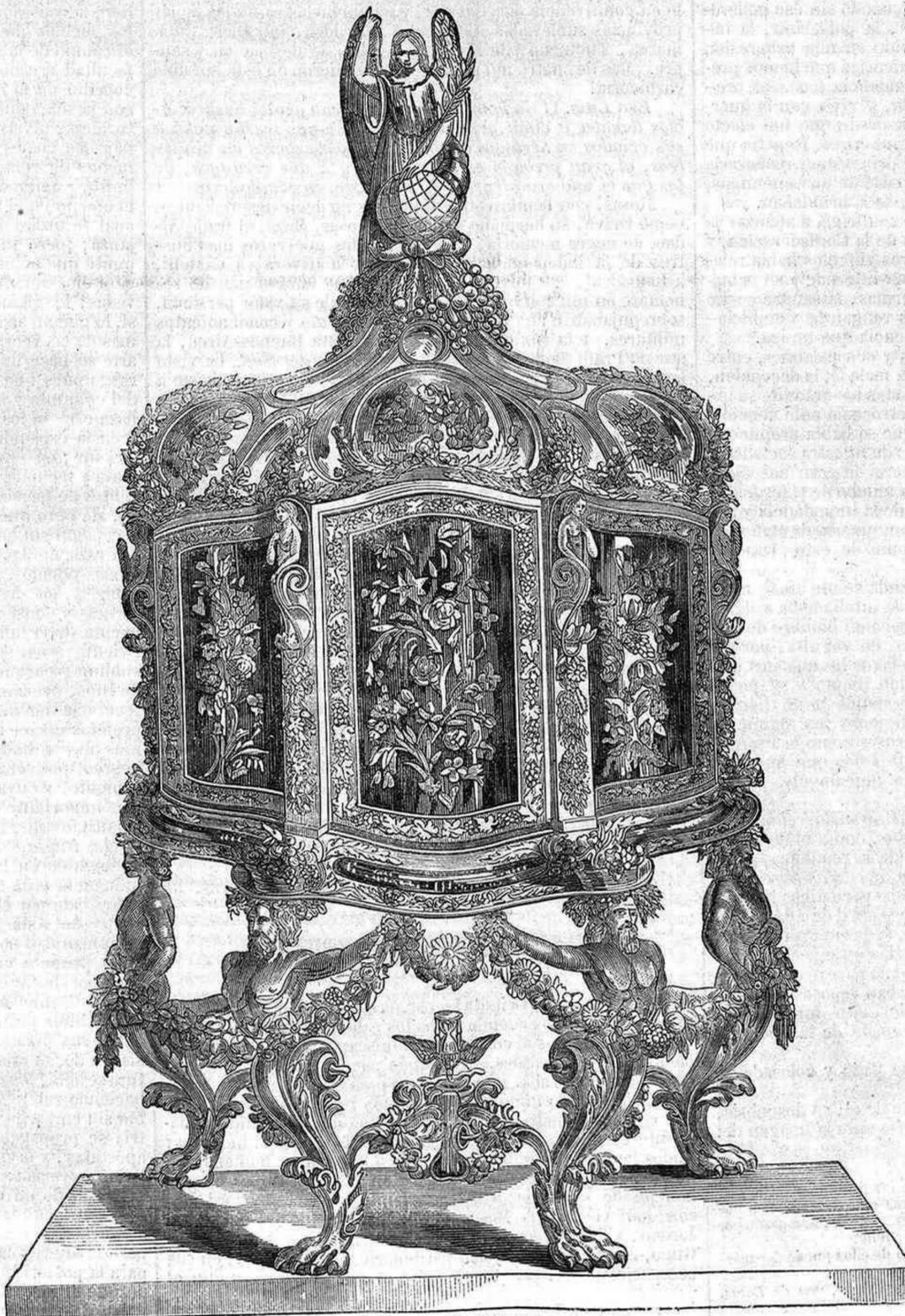
A medida que leíamos nuestra admiración subía de punto. El sublime cantor de *Los Mártires*, al trazar á grandes rasgos el carácter y los hechos mas notables de la vida del tirano francés, sin advertirlo ha trazado con mano maestra la biografía del tirano argentino. Luis XI y Rosas son una misma persona. La semejanza, la identidad es tan grande para el que conozca al segundo, que no tiene mas que cambiar los nombres propios ó alguna otra circunstancia accidental, para pintarle y darle á conocer tal como es.

Cúmplenos aquí advertir á los que no nos crean, que todo lo que vamos á decir respecto de Rosas, lo hemos ya probado suficientemente con sus propios documentos oficiales, ora en artículos parciales como este (1), ora en un folleto *ad hoc*, en prosa y verso, que publicamos en Montevideo á principios de 1846 (2). Hace mucho tiempo que tenemos especial empeño en contribuir, hasta donde alcancen nuestras escasas fuerzas, á la celebridad del famoso gaucho-malo (3) Juan Manuel Rosas.

(1) Véanse los números de LA ILUSTRACION correspondientes al 5, 12, 26 de julio y 25 de agosto de 1851.

(2) *Episodios de nuestra historia contemporánea*.

(3) Campesinos que usan otro traje, tienen otras ideas y costumbres que los habitantes de las ciudades: Rosas por su cuna nada tiene de tal; es nieto de un conde, y su familia de las mas ilustres de Buenos-Aires; pero por su educación, por su vida errante y vagabunda, por sus hábitos é instintos, es un gaucho completo, y malo, que es todavía peor. El lo conoce, y nada le enfurece tanto como que le calificquen de ese modo. En veinte años que ha mandado, y veinticinco que figura en la escena política, se ha civilizado algo, muy poco, porque es agreste, original y estravagante en grado superlativo. Cuando se incomodaba, lo que sucedía á menudo, solía decir que era dueño absoluto del honor, vidas y haciendas de



Bufete por M. Sacinders.

Con esto y con añadir que las palabras en letra bastardi-lla son del texto francés que tenemos á la vista, el lector nos hará el obsequio de no acordarse de la anterior ligera digresion, y de seguirnos sin mas preámbulos en el rápido paralelo que vamos á hacer entre los dos tiranos, y que puede considerarse como el epílogo de los artículos citados.

Luis XI, dice Chateaubriand, colocado entre la edad media que moria y los tiempos modernos que empezaban... nacido en una época social en que nada estaba consumado y todo comenzado, siguió un sistema monstruoso, indefinible, original suyo...

El ilustre restaurador de las leyes, el héroe del desierto, el padre de la patria, la columna de la federacion, el defensor de la independencia americana, el Washington del Sud, el príncipe normando (4), Rosas, en una palabra, porque estaríamos escribiendo hasta mañana sin agotar todos los títulos que la adulacion y el miedo han aglomerado sobre su cabeza, hasta el punto de dar su nombre á uno de los meses del año (5); Rosas apareció tambien poco despues de la última batalla que postuló el dominio español en el Nuevo Mundo (1824), y consagró definitivamente los nuevos principios de la revolucion hispano-americana. Cuando subió al poder (1830) nada se habia cimentado, y todas las ideas, todos los intereses, todos los principios estaban iniciados y se debatian en los campos de batalla, en la prensa, en el foro, en la tribuna. Su sistema, que él ha bautizado con el título retumbante de *Sistema americano*, era tan monstruoso, tan indefinible y original, que necesitaríamos escribir muchas páginas para explicarlo debidamente. En el fondo se reducía á dominar por medio del terror y la fuerza bruta á las poblaciones agrestes é incultas de la campaña, valiéndose de sus caudillos: neutralizaba el poder de estos, excitando celos y rivalidades entre ellos: con las campañas sujetaba á las ciudades, y vice-versa, estableciendo en todas las capitales y pueblos de alguna consideracion, numerosas sociedades ó clubs que él apellidaba *populares*, y que se han hecho famosos bajo el nombre de *Mas-horcas*. Pretendia reconstruir el antiguo Virreinato de Buenos-Aires, del que se han formado cuatro repúblicas (la Confederacion Argentina, la Banda Oriental, el Paraguay y Bolivia), y hacia poner al frente de todos sus documentos públicos, ¡viva la federacion! mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios!!! cuando, como se ve, él era el déspota mas unitario y absoluto que ha existido desde la aparicion del doctor Francia, su maestro. Detestaba á los europeos, y su gran pensamiento era alejarlos y hacer nula su influencia en aquellos países, cuando sin ese poderoso elemento de civilizacion y de orden, la poblacion, la industria y el comercio habrian decrecido en una progresion igual á los frecuentes trastornos y carnicerías que hemos presenciado desde la guerra de la independencia hasta el presente. Titulábase *pacificador del Plata*, y vivia con la guerra, y no ha tenido un solo día de paz desde que fué electo capitán general y gobernador de Buenos-Aires. Repetía que anhelaba la paz á todo trance, y era el primero en rechazarla cuando los gabinetes europeos, la necesidad de sus enemigos, alguna victoria, ú otra circunstancia, se la brindaban.

Vociferaba que su principal conato se dirigia á afianzar la union y concordia entre las provincias de la Confederacion, y de esta con las repúblicas vecinas, cuyos vínculos habia relajado la guerra civil, y donde quiera que interponia su paternal influjo, los pueblos se alzaban en armas, la sangre corria á torrentes, y la anarquía, el odio, las venganzas y ambiciones personales estallaban con mas violencia que nunca.

Esta contradiccion entre sus obras y sus palabras, entre sus pretensiones y sus hechos, explica la mala fé, la decepcion, el cinismo y profunda inmorality de todos los actos de su gobierno. Rosas era un hombre que no retrocedia ante consideracion alguna, con tal de llegar al fin que se habia propuesto: hombre especial, conocedor como nadie de nuestra sociedad y nuestras cosas; muy poco instruido, pero de gran despejo y talento natural, en el que se encontraba mucho de la ferocidad de Sila, de la hipocresía de Cromwel, de la impudencia y audacia de Catilina, y de la intolerancia sanguinaria de Mahoma, sin que tampoco le faltase algo del genio de estos famosos criminales.

Séanos lícito reconocerlo. No se manda veinte años, ni se hacen las cosas que él ha hecho, con una inteligencia vulgar, ni sin estar adornado de grandes dotes como hombre de accion y de energía. Digámoslo sin miedo, en voz alta, porque de lo contrario nos haremos muy poco favor los que nos jactamos de ser sus enemigos. Si era él tan inepto y su poder tan frágil é imaginario, ¿cómo ha resistido tanto tiempo al embate de una, de dos, de tres coaliciones, en alguna de las cuales figuraban naciones tan poderosas como la Francia y la Inglaterra?... Dejamos la respuesta á los que suponen que es un hombre vulgar, favorecido únicamente por la fortuna.

El constante anhelo de Luis XI fué humillar el orgullo de la aristocracia é inmolarse á su odio, como el de Rosas ha sido humillar á la clase mas decente de la república, envilecerla y entregarla al furor de la plebe de la *Mas-horca*, ó á la *efervescencia popular*, como decian sus periódicos hablando de las célebres saturnales de octubre y abril de 1840 y 41, al responder á los cargos que le dirigia la prensa patriótica, por las innumerables víctimas sacrificadas en esa época infanda. Buenos-Aires ha visto con escándalo pasear por las calles su retrato en un carro, del que tiraban esposas de generales, y escoltado por ministros, diputados, altos funcionarios civiles y eclesiásticos... por lo mas granado de la sociedad bonaerense!

Y ese retrato fué recibido debajo de palio y colocado en el altar por mano de un obispo!

Y la multitud se prosternaba delante de él, se descubria, y doblaba la rodilla, como pudiera hacerlo ante la imagen del Redentor de los hombres!

sus desgraciados compatriotas, refiriéndose á las *facultades extraordinarias* de que se hallaba investido por una farsa de representacion nacional y el voto unánime de la provincia de Buenos-Aires, arrancado por la *Mas-horca* á sus habitantes con el puñal al cuello.

(1) Títulos de Rosas: el origen de cada uno de ellos puede dar margen para escribir un largo artículo.

(2) El mes de octubre se llamaba en Buenos-Aires, *mes de Rosas*, por haber nacido en él, segun decia el decreto de la envilecida cámara de representantes, el gran ciudadano D. Juan Manuel de Rosas, etc.

Creemos que este solo rasgo caracteriza á Rosas.

Lo repetimos, el constante trabajo de la vida de Luis XI y la idea fija que le dominó, fueron el abatimiento de la alta aristocracia y la centralizacion del poder.

Mucha sangre y muchas lágrimas nos ha costado; pero debemos confesar que Rosas ha sido el primero que ha abatido la altivez de los caciques de las provincias, y ha reducido á estas á una obediencia á que no estaban acostumbradas. Los medios han sido inicuos y los resultados fatales; pero en el fondo del mal se oculta un gran bien, que un gobierno previsor é inteligente sabrá utilizar en beneficio de la nacion, no en provecho suyo como lo ha hecho Rosas.

En toda la república Argentina, á escepcion de Corrientes, pueblo heroico que sucumbió á sus golpes cinco veces, y cinco veces rompió sus cadenas, absoluta y temida acataron todos su autoridad. Los gobernadores de las provincias, sus iguales segun la Constitucion, á pesar de sus fueros y prerogativas, no eran mas que procónsules del dictador de Buenos-Aires. Quiroga, Lopez, Cullen, los Reinafes, Beron de Astrada, Brizuela, caudillos de gran prestigio en sus respectivas provincias, y que oculta ó abiertamente se atrevieron á resistirle, bajaron á la tumba sacrificados por él. Los motines, las celadas, el veneno y los campos de batalla le dejaron espeditas las sillas de los gobiernos provinciales.

Los caudillos que aun viven, y los que mandaban últimamente, habian tenido que doblar el cuello á la coyunda, ó huir ó rebelarse. Rosas para parecerse en todo á su modelo, no toleraba á su lado superioridad de ninguna clase. Se deleitaba en pasear su nivel de plomo por todas las cabezas, y ¡ay del que en su presencia se atreviese á llevarla un poco mas erguida que los demás!

Así se explica cómo el populacho de Buenos-Aires, y una inmensa mayoría de su campaña, amaba y admiraba á Rosas; y la razon es evidente: le admiraba y amaba, por la misma razon que el pueblo francés admiraba y amaba á Luis XI, que tan diestramente sabia lisonjear la pasion democrática, el amor á la igualdad: es decir, la democracia y la igualdad del despotismo, las que abaten la cerviz del poderoso para que desuelle la de la canalla, no las que elevan al hombre y le conceden derechos, que si un tirano se los arrebatara, ponen en sus manos el puñal de Brujo y Scévola.

Luis XI, á pesar del cariño que profesaba al pueblo, le mandaba arrojar al rio dentro de sacos cuando desconfiaba de él; y Rosas, para no ser menos, hizo degollar por la *Mas-horca* á una parte del pacífico vecindario de Buenos-Aires, creyendolo en connivencia con Lavalle, y convirtió las capitales de las provincias sublevadas, Corrientes, Córdoba, San Juan, Catamarca, Tucuman y la Rioja, en teatros de desolacion y sangre. ¡Mas de cuatro mil personas sucumbieron en esta horrible carniceria!

Era Luis XI un hombre zorro, que con gentes despreciables llevaba á cima grandes empresas; que transformaba á sus criados en heraldos de armas, á sus barberos en ministros, al gran preboste en compadre, y á dos verdugos, de los que el uno era alegre y el otro triste, en compañeros.

Rosas, con hombres tan nulos, por no decir despreciables, como Orive, su hermano Prudencio Rosas, Maza, el fraile Aldao, de negra memoria, ha vencido á los guerreros mas ilustres de la independencia: á Lavalle, á Rivera, á Castelli, á Lamadrid, á Vilela, y á otros cien que habian ganado renombre en mil combates, y que ademas de su valor personal, sobrepujaban á sus adversarios en prestigio y conocimientos militares. A la voz de su opresor, la culta Buenos-Aires, la que de Pradt llamaba *Atenas de la América del Sud*, ha visto levantarse del fango, para desempeñar altos destinos, hasta á *pulperos* (1) como Salomon, Bárcena, Pablo Alegre y otros; y para que nada falte al Neron argentino para igualar y exceder tal vez á su modelo, ha tenido varias veces, y aun tenia en estos últimos tiempos, dos ó mas locos por compañeros, muy parecidos en su carácter á los de Luis XI: se divertía con ellos en sus horas de solaz, de un modo que nos haria reventar de risa si no nos ahogase la indignacion. Generalmente no sobrevivian aquellos infelices largo tiempo á su infortunio. El mas celebre de ellos, el padre *Viguá*, murió no hace mucho victima de uno de los terribles *misereres* (2) á que con harta frecuencia le condenaba Rosas por faltas imaginarias en el desempeño de sus altas funciones. Haciale creer que era obispo, gobernador, general, magistrado, etc., y luego le pedía estrecha cuenta de su conducta. Tal ha sido por espacio de muchos años su diversion favorita.

No en vano hemos dicho que á medida que se examinan los hechos, carácter y hábitos de Rosas y Luis XI, es tan grande la semejanza, que parecen un mismo individuo viviendo en dos épocas distintas. Reservamos para otro artículo esponer los demás puntos de contacto y analogías que se encuentran en ambos, y que son tan marcadas y características, que hacen dudar si será una verdad la trasmigracion de las almas, sea de las personas á las personas, de estas á las bestias, ó de bestia á bestia, que de todo hay en Rosas y Luis XI.

(Concluirá.)

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

CIVILIZACION DEL ANTIGUO ORIENTE.

Al Oriente! al Oriente! á ese jeroglífico indescifrable del mundo antiguo, es adonde todos los sabios modernos vuelven la vista, estasiados al contemplarle buscando en él el tesoro de las mas remotas edades, y luchando por descifrar el velo que nuestra vista le roba. ¿Será que acaso en esos pueblos busquemos la idea de lo infinito, y queramos impregnarnos de la fé que en ellos reinaba, como un antídoto contra el pálido y maicento escepticismo que se apodera de la sociedad moderna? Todos los grandes hombres han ido á tributar su homenaje, y no han creído perfecta su educacion hasta el punto en que han pisado su suelo: Chateaubriand, Lamartine, lord Byron, han visitado la Mesopotamia, han bebido las aguas del Jordan, y han recorrido las orillas del Nilo; y hasta Victor Hugo, con su romanticismo patibulario, han celebrado en sus composiciones el país donde nace el sol. Pequeño es aun el

(1) Taberneros.

(2) Disciplinas con acompañamiento de fueles, etc.

éxito que ha coronado los esfuerzos de los sabios orientalistas, y por consiguiente, poco es lo que conocemos acerca de la civilizacion y literatura de los antiguos pueblos del Oriente. Recorramos las memorias que los ilustres miembros de la sociedad de Calcuta han publicado, y no hallaremos en ellas sino apuntes para hacer la historia; pero en medio de la confusion y oscuridad que reina, las investigaciones de los sabios han derramado bastante claridad para distinguir un hecho que se destaca sobre el fondo de la civilizacion Oriental, absorbiéndola, por decirlo así. El panteísmo se nos presenta de relieve, y su poderosa influencia resalta en todas las instituciones del antiguo Oriente, dominando con poderosa mano la religion, la política y el arte, y produciendo como deducion suya, la incorreccion, la monstruosidad, y lo antiestético en las creaciones fantásticas.

Panteísmo religioso.—Está fuera de duda que el panteísmo era proclamado por la religion y la filosofía Oriental, aunque sea cierto que en la China, Con-fu-Tseng estableciera una religion fundamental, y en la India se constituyese una escuela del *Yo*, y otra mística. El hombre, infante y de una imaginacion ardiente y viva, caldeada por las recientes impresiones de una creacion nueva, luchó por elevarse á lo infinito, y quiso comprenderlo; mas se hundió en el caos del panteísmo. La emanacion vino á sustituir á la creacion, y el Ser Supremo, sacando de su propio seno todas las existencias, fué colocado en lugar del Dios Omnipotente, creando por sola su palabra; consagróse pues el emanatismo, en vez de la creacion. «Cual una araña que saca de su seno la materia de que hace sus telas,» dicen los Vedas, así Brahma produjo á Visulhou Sila y todos los demás entes que se presentan á nuestra contemplacion, y que no son sino diferentes apariciones de lo infinito que lo llena todo. La luz entre los persas parece sustituir al Brahma de los Indios.

Panteísmo en política.—Así como en la religion, tambien domina el panteísmo en el campo de la política, y la unidad admirable de la variedad absorbida por lo absoluto, tiene tambien su expresion de las instituciones sociales; la absorcion de todos los poderes por uno solo, de las clases bajas por las superiores, de los vaskias y soudras por los jaitrias y brammines, de los vasallos por el trono, el despotismo, en una palabra, hé aquí el símbolo político del panteísmo filosófico y religioso.

Arte Panteísta.—¡Lo absoluto, lo ilimitado! hé aquí el fin del arte, desenvuelto bajo la influencia del panteísmo. La literatura y las bellas artes son, como no puede menos suceder, la expresion de las creencias arraigadas en el corazon de los pueblos que á ellas se dedican; lo infinito, dominando en el campo de la razon, ejerce una poderosa influencia sobre la facultad creadora, y esta, enardecida por lo vasto de la concepcion de lo infinito, al par que vírgen todavia é inspirada con la sola contemplacion de las grandes maravillas de la naturaleza, diversas ilusiones ó *mayas*, como dicen los indios, bajo las cuales aparece el Ser eterno é inmutable, no pudo menos de remontarse en raudo vuelo á la alta idea de lo infinito, y agitarse en vano por tocar lo ilimitado en el espacio y lo eterno en el tiempo, en medio de un mundo gigantesco, al cual se alzara la imaginacion oriental por su admirable pujanza; ¡pero infelices! luchaban en vano por alcanzar un punto que no es dado á la impotencia del hombre. Su imaginacion ciertamente es colosal y sus concepciones grandes y elevadas: lo gigantesco se ostenta por todas partes en la India, sí, lo gigantesco!!!... pero lo gigantesco en el arte degenera las mas de las veces en lo monstruoso y antiestético, cuando del arte se hace una simbolizacion de la creencia panteística. El rasgo pues que caracteriza la literatura oriental, es lo vasto del conjunto y lo poético y majestuoso de los detalles; su belleza está en los incidentes, y en los episodios es donde brilla toda la espléndida majestad y pompa de la imaginacion del Oriente; en ellos es donde se nos presenta esa fantasía opulenta y fecunda de los hijos del Ganjes, derramando ricos torrentes de poesía y dando vida y calor á esa naturaleza, muerta, sí, pero que han animado con la tea de su fantasía. Una escepcion sin embargo debemos de hacer: el pueblo hebreo, esa raza de Jacob, libertada por Dios de la influencia de los demás pueblos, poniendo entre ellos como barreras el Mediterráneo y los desiertos de la Arabia; esa raza, digo, poseía la ciencia y conservaba ella sola la religion: estaba por lo tanto exenta de la influencia panteística de los demás pueblos del Oriente, y en su literatura no domina lo gigantesco, sino los sublime; porque era el único que tenia una idea verdadera de Dios, del hombre, su estado primitivo y sus destinos. La teocracia dominaba en medio de la raza judía, y la voz de los profetas era el intérprete de la voluntad divina. Empezaremos pues á historiar la literatura del Oriente por el pueblo hebreo, por ser aquel cuya literatura conocemos mas profundamente, y cuya historia, mirada bajo cualquier aspecto, es mas importante por los altos destinos á que estaba llamado en la antigüedad.

La Biblia.—Si observamos la marcha que la humanidad ha seguido en la senda de la conquista, advertiremos una influencia y un impulso, siempre constante y no interrumpido, dado por el Oriente al Occidente. Los llanos del Senaar, centro del Asia, son sin duda el edem donde abrió los ojos la humanidad por la vez primera; en ellos lució la antorcha de la primera ciencia, y en el seno de la Mesopotamia, regada por las aguas del Tigris y del Eufrates, surgió el germen de la nueva civilizacion, que, débil infante en un principio, bien pronto se convirtió en un coloso que oprimió entre sus brazos al Oriente entero; pero los pueblos apostasiaron de su mision humanitaria, y el coloso que á tanta altura se habia levantado, fué derrumbado por el protestantismo, haciendo retemblar con su caída al universo entero; un pueblo sin embargo nació de esta lucha de elementos. La idolatría se propagaba como un incendio por todos los pueblos apóstatas, y la ignorancia corria su negro velo sobre la religion revelada: las raices que las antiguas creencias habian echado en el corazon del hombre, se habian secado, y no eran fecundas, y el protestantismo social y religioso las arrancaba de cuajo para sustituirlas con la nueva creencias; pero la ley revelada no quedará infecunda, ni serán perdidos para la posteridad los benéficos frutos que abrigaba su seno; porque el símbolo de la alianza entre el cielo y la tierra, se habia desplegado á los ojos de Noé, y la Providencia no dejará que perezca el culto del verdadero Dios: el pueblo de

Abraham es el destinado para guarda y conservador de la verdad y de la ciencia revelada: he aquí la alta mision que estaban llamados á desempeñar en el mundo los hijos de Jacob, el pueblo de Israel.

Hemos hecho esta digresion para marcar el fin especial que el pueblo hebreo tenia que llenar en los destinos de la sociedad antigua, hasta que el Cristianismo viniera á perfeccionar su ley, sustituyéndola por su nueva creencia: así pues, el pueblo hebreo, por su destino y naturaleza, debia estar exento de la influencia panteística de casi todo el Oriente, y no identificarse con ella: en una palabra, el pueblo hebreo no podia ni debia ser panteista.

Civilizacion hebrea.—Jehová, Dios, es el ser por excelencia, simple, uno y perfecto, infinitamente sabio y justo; pero el Dios de Moisés era el Dios del terror, el de la caridad no era aun conocido; preciso fué que viniera el Cristianismo para ello. La unidad de Dios era la base fundamental de la religion judia y de todas las instituciones mosaicas, constituyendo, por decirlo así, la nacionalidad hebraica. Moisés, pues, reconstruyó la tradicion antigua, desechando la teología de las naciones idólatras, conservando únicamente, entre todas las tradiciones desparramadas por el Oriente, la de la creacion y la de la caída del hombre, como la única que podia explicar la venida del Redentor.

Psicología.—Moisés desechó completamente la teoría de los egipcios, como que ella justificaba la division de castas y razas, y los hebreos se consideraban todos como hermanos, nacidos de un mismo padre; pero no sabemos si Moisés la sustituyó con otra, aunque todo parece indicar lo contrario. Se ha discutido sobre si Moisés conocia la inmortalidad del alma; lo cierto es que él no dice nada acerca de ella, y cree que la fuerza vital está en la sangre. ¿Pero será acaso que él no creyera en ella, ó juzgase que su pueblo no estaba preparado para la enseñanza de un dogma, para cuya concepcion se necesita un alto grado de desenvolvimiento intelectual? De este modo se ha querido resolver la cuestion anterior. Parece sin embargo que hay otra explicacion mas fácil, mas sencilla y verosímil; porque, ¿no es probable que Moisés no hablara de la inmortalidad, por tocar esto especialmente al Cristianismo? ¿No era la muerte eterna el castigo, inevitable consecuencia de la caída del hombre, y no habia de venir Jesucristo á librar á la humanidad entera de ella? Pues bien: si esto es así, como no se puede negar, ¿qué tiene de extraño que Moisés no hablara de la inmortalidad del alma, y que las penas que asigne á las buenas y malas acciones, hayan de tener lugar en esta vida y en la posteridad de los que las ejecutaron? Creo pues que esta es, si no la verdadera, al menos la razon verosímil que Moisés tuvo para no hablar de la vida futura.

Literatura bíblica.—El monumento mas grande que se nos presenta á la vista en toda la literatura, tanto antigua como moderna, y que absorbe y forma él solo la hebrea, es *La Biblia*, obra grandiosa en que, á pesar de haber contribuido á su conclusion varios genios, sin embargo, en toda ella resalta una unidad maravillosa, solo explicable por la inspiracion divina. *La Biblia*, que cual un robusto torreón en cuya cúspide brillara la luz de la verdad, se ha conservado íntegro hasta nosotros, á pesar de haber arremetido contra él fuertemente la tempestad de las pasiones desencadenadas, hasta que en nuestros tiempos se han conjurado, por decirlo así, todas las ciencias, así naturales como filosóficas, para derramar su poderosa luz é iluminar con ella el augusto edificio de la religion y de las ciencias verdaderas: *La Biblia*, digo, es el código de la civilizacion hebrea: ella contiene, como dice Sir Williams Jones, mas elocuencia, mas verdades históricas, mas moralidad, mas riqueza poética, y en suma, mas belleza de todas clases que se pueden hallar en todos los libros juntos, cualquiera que sea el siglo y el idioma en que se hayan escrito. Dividen los hebreos sus libros en *Thora*, *Nebim* y *Ketubin*: bajo la denominacion de *Thora* se comprenden los libros de Moisés, ó sea la doctrina por excelencia; bajo la denominacion segunda son comprendidos los escritos de los poetas profetas; y designanse con el nombre de *Ketubin* todos los demás libros. Algunos críticos modernos han calificado á *La Biblia* de poema épico, pues en ella ciertamente se hallan las condiciones de toda epopeya: allí se nos presenta de relieve un hecho soberanamente grandioso, es una accion esencialmente dramática (1); es interesante, porque en ella se canta el origen del hombre, su destino y los medios de conseguirle; en ella brilla la mas admirable unidad, requisito indispensable de todo poema; la unidad artística entra por mucho en la belleza; y por último, para que nada falte, su fin es grandemente noble y eminentemente interesante para la humanidad entera: ¡es su salvacion! En cuanto al arte, ¿se halla por ventura comprendido mejor por el genio en alguna otra parte? ¿No es toda ella una no interrumpida serie de bellezas? Y lo sublime, que es el carácter que esencialmente debe dominar en la epopeya, y que forma, por decirlo así, su vida, ¿adónde se presenta mas de relieve que en el Antiguo Testamento?

Caracteres generales de La Biblia.—Lo sublime brilla en ella bajo la sencillez y facilidad de expresion, y abraza con su luz la imaginacion y la inteligencia, al par que conmueve fuertemente. ¿Quién no ha sentido estremecerse al leer al profeta Isaías? ¿Y quién no se ha entristecido profundamente al ver la desolacion de la ciudad Santa, escrita con las lágrimas del profeta Jeremías? La verdad de la expresion domina en toda ella, y la dulzura y delicadeza de sentimientos que sus poetas saben escitar, no ha sido superada, que digo! ni aun igualada por ninguna otra literatura ni antigua ni moderna. Ah! qué dulce conmocion experimenta uno al leer las celestiales páginas del Cántico de los Cánticos! ¡Qué ternura de sentimientos, qué frescura de colorido reina en él! ¡Cuán bella se nos presenta la naturaleza animada por el fuego de Salomón! ¿Podrá darse un idilio mas encantador?... Lo infinito se presenta al lado de lo finito, como lo bello al lado de lo sublime; cada uno de ellos con existencia propia, y mediando entre sí las relaciones de creador y criatura. Jehová, el Ser infinito, es una entidad *sui generis*, por decirlo así; y el hombre y el mundo aparecen con individualidad, y no mezclados é identificados como en la India: el panteísmo no ha penetrado en ella. El hombre con personalidad canta la Omnipotencia, la sabiduría y el amor de lo infinito, el Ser creador; y lo finito, frente á frente con lo infinito, produce ese sublime que

brilla en toda ella. La emanacion no existe en ella: la grandeza de la creacion, Dios, sacando de la nada el mundo por sola su palabra, se nos presenta en vez de Brahma, que produciendo lo seres de su propio fondo, no los crea, los emana. La naturaleza pues aparece existiendo como una individualidad, y no es absorbida por el dios panteista; si, obedeciendo á las leyes que dictó la voluntad suprema, aquí pues existe un sistema de leyes que gobierna el universo, el milagro es posible y existe: no puede ser así en el panteísmo, donde los fenómenos naturales son mallas no sujetas á ley alguna. La idea de Dios omnipotente resalta por todas partes en *La Biblia*: ¿Qué extraño es que en medio de su comunidad de vida con Dios, la teocracia, aquella idea les absorbiera por completo? La vision es un carácter esclusivo de la poesía hebrea, es la fusion del pasado y del futuro en el presente. La alegoría que vemos en todas las literaturas orientales, tambien domina en la de los hijos de Abraham: lleva consigo una belleza ínterna, constituida por lo misterioso y lo oscuro.

(Continuará.)
GERARDO VAZQUEZ.

Batalla de Arcole.

Todo el mundo conoce la principal circunstancia de la batalla de Arcole, es decir, el momento en que Bonaparte irritado de ver el abatimiento de sus soldados, tomó una bandera, y lanzándose sobre el puente en medio de la metralla, arrastró á los franceses tras de sí; pero todo el mundo se equivoca mirando este acto como decisivo y atribuyéndole la victoria: pocos momentos despues los soldados se vieron obligados á retroceder.

La segunda jornada dejó igualmente indecisa la victoria, pero al tercer dia, Bonaparte, que habia mandado echar un puente durante la noche en la embocadura del Alphon, y habia ordenado á la guarnicion francesa de Legano, colocada detrás de los austriacos, entretener al enemigo, hizo pasar una division al otro lado del rio para atacar por el flanco mientras él lo hacia por el frente: esta maniobra hizo retroceder á los austriacos hasta el pueblo de Arcole, pero desde allí le presentaron la batalla, y el resultado les hubiera sido aun favorable, si el general francés no hubiera recurrido á una estratagemata que decidió la batalla.

La division Angereau, que habia atravesado el Alphon se adelantó hacia los austriacos, que estaban ordenados en batalla, mientras que un jefe de los guias de Bonaparte, tomando veinte y cinco soldados de á caballo y doce trompetas, atravesó con ellos el pantano, saliendo de entre las cañadas que estaban á retaguardia del enemigo haciendo sonar las trompetas. A este ruido y al verlos, los austriacos se creyeron rodeados por un cuerpo de caballería. Entonces hubo un momento de escitacion, nuevas órdenes se cruzaron paralizando todos los movimientos. Angereau se aprovechó de esto para dar una carga al enemigo, y lo arrolló todo delante de sí.

Solamente diez hombres quedaron de los veinte y cinco enviados por Bonaparte, y uno de ellos decia algun tiempo despues.

«Perdí en ella tres dedos, pero se ganó la batalla.»

Paso del monte de San Bernardo.

El famoso paso del monte de San Bernardo fué propuesto y preparado por el general Manescot. Habia determinado el ejército frances conquistar la Italia, ocupada por las armadas austriacas, muy superiores en número, y á las cuales no se las podia atacar sino separadamente; así que lo primero que se necesitaba hacer, era atravesar rápidamente los Alpes. Napoleon envió á Manescot á estudiar el pasaje, y este declaró, despues de un atento exámen, que el monte de San Bernardo *podia ser atravesado por los soldados franceses*, y al instante el ejército se puso en marcha para él.

Treinta y seis mil hombres debian verificar el pasaje; la vanguardia, compuesta de seis antiguos regimientos, se dirige hacia San Pedro; las otras divisiones seguian su marcha, llevando consigo hasta cuarenta cañones. Este inmenso convoy llegó el 17 de mayo al pié de San Bernardo. Mas cargados que hubieran podido estarlo en una llanura, puesto que además del peso de sus armas llevaban víveres para cinco dias, soportaban sin embargo el frio y la fatiga, cantando alegremente mientras subian por el sendero que les conducia á la cima de San Bernardo, entre los precipicios prontos á tragarlos, y los aludes que se desprendian de las rocas entorpeciendo su marcha; pero á pesar de todo esto, hacian subir la artillería por esta vereda, que solo podia contener una persona, y que la nieve, deshecha bajo el peso de su pica, hacia mas difícil y peligrosa.

Cada pieza de artillería, encajada en el interior del tronco de un árbol, era arrastrada por ochenta hombres, mientras que se trasportaban en machos las cureñas y las municiones. Toda esta maniobra se ejecutaba á son de música, cuyos instrumentos se hicieron oír durante toda la marcha. Para animar á los soldados, el primer cónsul habia ofrecido una prima de mil francos por cada pieza de artillería que con su cureña fuese trasladada al otro lado de los Alpes; pero cuando llegó el momento de cumplir su compromiso, todos rehusaron esta recompensa, á la que todos tenian derecho, teniéndose por suficientemente pagados con el honor de haber llevado á cabo una empresa tan grande.

A pié, en medio del ejército y sobre las nieves de los Alpes como en medio de los desiertos de Siria, Napoleon alentaba la fatiga de los soldados compartiéndola con ellos, y solo en los pasos mas difíciles montaba en un mulo conducido por un paisano.

A medida que iban llegando á la plataforma en que está situado el convento, los soldados encontraban mesas cargadas de víveres que el primer cónsul habia hecho llevar allí.

Estos víveres les eran distribuidos, así como el vino, por los cenobitas que servian este hospital.

Los peligros y las fatigas del descenso no fueron menores que los de la subida. Mas feliz y mas hábil que Anibal, que perdió en el tránsito de los Alpes sus bagajes y la mitad del ejército, Bonaparte perdió solamente una pieza de á ocho, y tres artilleros que fueron sepultados por un alud desprendido

de una roca. Sin embargo de que la division del general Moncey descendia por el San Gotardo, la del general Thurreau por el monte Genèvre, y otras pasaban por el Simplon y el pequeño San Bernardo. Por todas partes el mismo valor superó los mismos obstáculos, así que el 21 de mayo, sesenta mil franceses estaban al otro lado de los Alpes, y su cuartel general establecido en la ciudad de Aout.

El hortelano de Paris.

Las 2,700 fanegas de terreno sin casas, comprendidas en el interior de la línea fortificada de Paris, se han convertido desde hace pocos años en huertas cultivadas por cerca de dos mil familias, que emplean además diez mil trabajadores; y este terreno, por la rotacion entendida de sus diversos y multiplicados cultivos de toda clase de frutos y legumbres, produce anualmente en el mercado de Paris un valor de trece á catorce millones de francos. Por manera que el valor intrínseco del terreno se reproduce cada año con el valor de los frutos del mismo suelo: hecho positivo y existente, que prueba que si la carrera del cultivador no es la mas atendida ni la mas lucrativa, es donde la actividad y la laboriosidad, si se reúnen al talento y al arte, por no decir á la ciencia de cultivar bien la tierra, encuentra el hombre la prosperidad y la recompensa de sus desvelos.

Pero tampoco es una tierra bien labrada, escardada, estercolada y regada *ad limitum*, lo que asegura al hortelano parisien tan inmensos productos, sino su situacion local en parte, y sobre todo sus conocimientos, sus verdaderos estudios en secundar la naturaleza, y el saber modificar y arreglar la temperatura, por infinitos artificios diversos, conforme á las necesidades de sus cultivos, cambiando la constitucion geológica del suelo, y componiendo la tierra de cada tabla de su huerta segun las exigencias de cada semilla. Desde el rústico rutabaca (nabo de Suecia) hasta la piña de América, en el mismo lugar, bajo el mismo cielo frio y nebuloso del Sena, vegetan, fructifican, y por lo general en sabor y jugo sobrepujan á sus hermanos indígenas. Así es que la huerta del *jardinier maraichier* (hortelano) de Paris, es mas bien una fabrica de tierra y de atmósfera que un jardin. No perdona medio alguno para conseguir su fin: aquí, al abrigo de unas tablas, y á veces solamente de una tela, protege sus semillas recién nacidas: allí el artificio es mas ingenioso: una capa de tres á cuatro pulgadas de tierra compuesta, descansa sobre un lecho de tres á cuatro piés de estiércol, todo cubierto con un cierre de cristales. Pero á veces no hay bastante calor, y entonces un calorifero hace serpentear sus cañones alrededor de las plantas, y si esto da una atmósfera demasiado seca, el fuego del combustible no circula ya en ellos, y tubos llenos de agua hirviendo, vienen á reemplazar á aquellos en igual número.

Si hay frutales indígenas, no por eso desdeña el hortelano parisien mejorar su cultivo; observador toda la vida de la marcha de su vegetacion, conoce de antemano la rama que dará fruto, la que solo es leña; y como el fruto le da beneficio, y que para él siempre el terreno es demasiado limitado, la poda de frutales es en sus manos, no un oficio ni un arte, sino una verdadera ciencia, apoyada en la fisiología vegetal, y comprobada por la práctica y la experiencia. Por esto es por lo que el hortelano de Paris es un hombre de conocimientos nada vulgares, y no puede compararse al hortelano español; pero si su carrera le ha costado verdaderos estudios, es decir, varios años de colegio en la infancia, los referidos estudios en la juventud, y luego dos ó tres mas de trabajos prácticos como aprendiz en una huerta, sin mas retribucion que la comida, tambien los parisenses saben recompensar sus fatigas, y los precios siguientes, que son los de diversos frutos y legumbres, vendidos en el mes de marzo último en el mercado, dan de ello la prueba mas convincente:

- La libra de guisantes verdes 40 francos.
- La de fresas 30 francos.
- Un melon 25.
- Una libra de uvas 25.

EL CONDE CARLOS DE RAMSAULT.
(Agricultor.)

Despues de la boda.

Un droguero de Paris, que vive en el barrio de Santiago, hacia mucho tiempo que tenia un dependiente, que se llamaba Edmundo T., del cual estaba completamente satisfecho. Hacia cerca de un año que conoció que su hermosa hija era el objeto del amor de su dependiente. Este descubrimiento le agradó, y resolvió consentir en que su hija se casara con Edmundo, y ceder á este la propiedad de su tienda.

Habiendo heredado el dependiente, su principal creyó que era ocasion de informarle de su proyecto. Esta noticia produjo grande alegría á Edmundo. Publicaron las amonestaciones, y el casamiento, retardado por varias circunstancias, se verificó el 13 del mes próximo pasado. Cuando iban á subir al carruaje para volver de la iglesia, vieron que no estaba el dependiente, y le buscaron; pero en vano le esperaron el resto del dia, pues todo lo que hicieron para saber lo que habia sido de él, fué inútil. Pasaron la noche con inquietud: la jóven, su padre y los convidados que les acompañaban, se entregaron á mil conjeturas sobre tan extraño acontecimiento.

En tanto los agentes de policía tomaron sus medidas, y el 14 descubrieron el cadáver de Edmundo T., en el camino de Fontainebleau, cerca del fuerte de Vyry. Un médico, despues de reconocerlo, ha declarado que su muerte ha sido producida por la absorcion de ácido sulfúrico, y que no habiendo ninguna señal de violencia, se ha suicidado. Sea lo que fuere, la informacion judicial que se ha comenzado aclarará las misteriosas circunstancias de este suceso.

ADVERTENCIA.

Una rotura en la única máquina que puede tirar en Madrid una forma tan grande como la de LA ILUSTRACION DOBLE, ha sido la causa del retraso que ha sufrido el reparto de este número. Esperamos que nuestros suscritores nos dispensarán una falta que no ha dependido de nosotros.

(1) Las relaciones entre Dios y su pueblo.



El ajuste en una casa de huéspedes.

Diálogo divertido entre una arpa y un pollo, que tiene de duracion cinco horas y minutos, y acaba por la sumision de la victima.

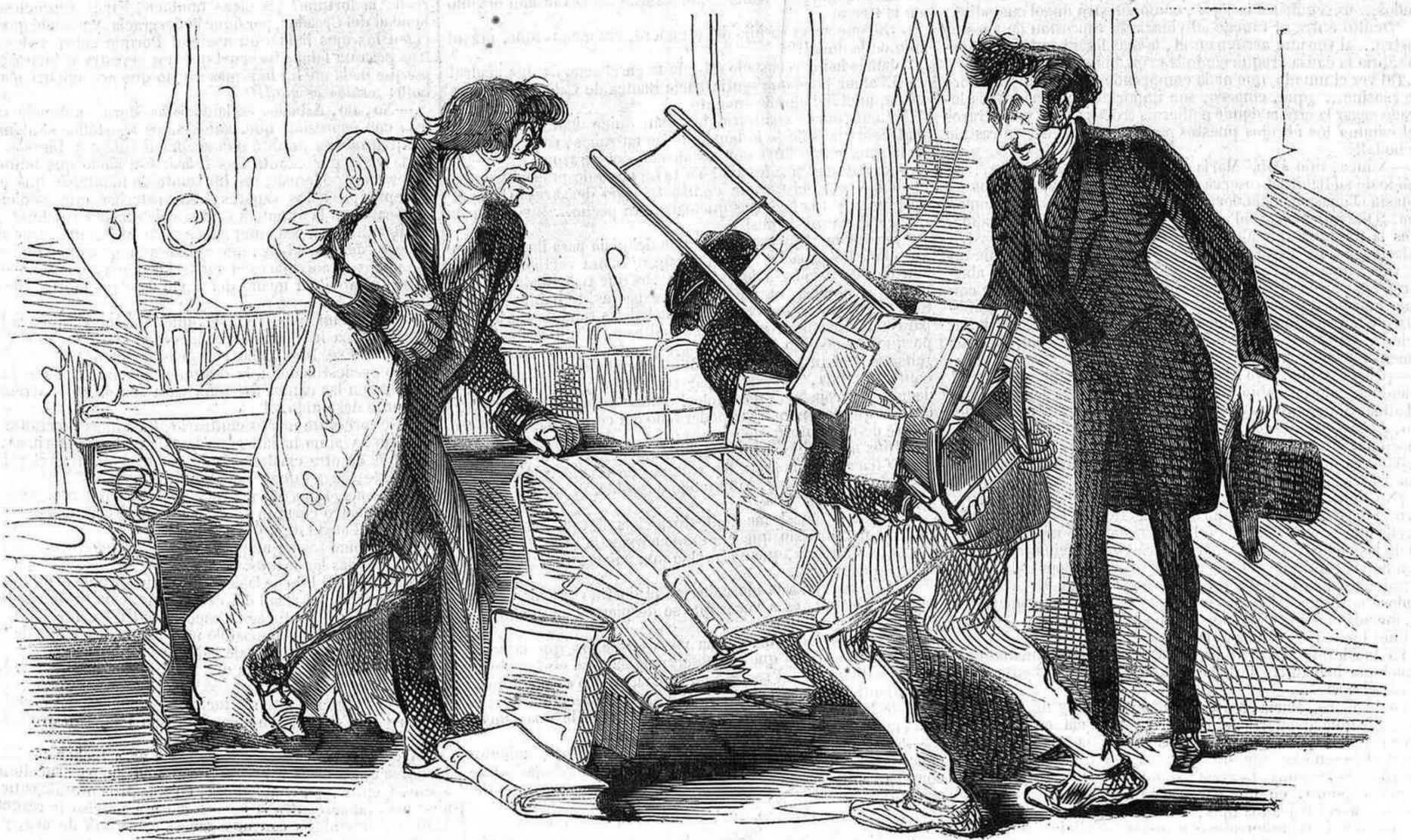


Un tomo en fólío equivalente á dos columnas en cuarto menor.

Demostracion del sistema de las comparaciones.



El zapatero de portal y la doncella... de labor, del cuarto principal.
Escena muda que sin embargo tiene su significacion.



Tarea diaria de un crítico de nuevo cuño.
Remesa núm. 82, que ha de estar despachada á las veinticuatro horas.

JORAIQUE

6

LA REBELION DE LOS MORISCOS.

NOVELA ORIGINAL, EN DOS PARTES.

PARTE PRIMERA.

(Continuacion.)

La explosion de una mina calculada con estudiada calma sorprende y aterra al que la preparó. Figúrase el efecto que producirá en el que la siente estallar súbitamente y a su pesar. El corazón de nuestro amigo derramó el amor que le rebosaba... que devoraba sus entrañas.

Hay momentos en que el pensamiento y la palabra marchan a la vez, que salen hirvientes del corazón.

Cuando Astasio pudo razonar era ya tarde: estaba abierto el abismo: no había tiempo de retroceder...

Figúresele que era, por fortuna, presa de un ensueño tenaz... Pasóse la mano por la frente calenturienta... Pero el sordo rumor del cercano torrente y el tibio contacto del céfiro que venía impregnado de los jardines del Albaicín, probaronle demasiado que se hallaba en la vida real.

—Perdonadme, señora, exclamó con acento desgarrador; este secreto horrible ha escapado de los labios a mi pesar... Después de tan locas palabras, ya no habrá para mí en vuestro corazón, ni asomo de lástima; el desprecio animará vuestro rostro; me rechazaréis, y ni me quedará el placer de, clavándome mas y mas la flecha que sangra mi existencia, veros alguna vez sonreír a vuestro pobre escudero, que osó tender los ojos al cielo y fijarlos en la luz pura y abrasadora del sol!

Doña María le contemplaba con adoración.

Astasio continuó:

—Imposible era empero que yo combatiese mi cariño... ¿Hay fuerzas en el pobre corazón humano para luchar con esta simpatía de la infancia, este afecto de la adolescencia y esta pasión de la edad madura, que, río hirviente de lava, va rápidamente agostando la flor de mi triste corazón?

Bracamonte paró un instante.

Luego continuó:

—No vengo empero a que animeis mi vida; solo busco la muerte, porque... harto sé que abrigo en mi pecho un amor sin esperanza!

—¡Oh Dios mío! tanto cariño! dijo Doña María sumida en lo que pudiéramos llamar un arrobamiento amoroso.

—No, no: jamás podéis comprender vos mi pasión extrema, nunca la adivinareis. Necesario sería que como el espíritu invisible que llena las regiones lejanas del vacío, que sostiene los ejes del astro del día, pudierais entraros dentro del corazón, pesando en una balanza fiel las fuerzas de mi alma y midiendo mi pasión extrema! Mi amor es un lago de puro y dulcísimo afecto maternal, enturbiado por la tinte sombría de una desconocida pasión, horrible hija de la desesperación y los celos! Y... tranquilo, sonriendo, contemplaría pasaros a los brazos de un rival... feliz al veros completamente dichosa, jamás me atrevería a miraros al rostro... no esperaría una palabra vuestra... aspiraría el aire que vos respirarais... al pasar tocaría mi frente el ambiente que se rozara con vuestros cabellos... os seguiría a lo lejos, como vuestro ángel custodio!..

Oculto entre el ramaje adivinaria la expresión de vuestro rostro... al ver una arruga en él, la mas ligera nube, de cierto sabría la causa, requiriendo la cruz de mi puñal!..

Tal vez el mundo, que nada comprende, me daría el nombre de asesino... ¿qué, empero, me importaba eso, si habría logrado segar la cizaña donde pudierais tropezar vos y separaros del camino los abrojos puestos para rasgaros vuestro vestido de boda!!!

—Nunca, dijo Doña María, sin poder dominarse ya, saliendo de su habitual reserva, subyugada por la abnegación de Astasio. Jamás se encenderán para mí las antorchas del himeneo. ¿Qué importa que el amor arda siempre oculto en el alma, si es la pura luz que alumbrará el santuario? ¡Tú me amas!.. Astasio, levanta alivia tu frente; porque ese amor que abraza tu vida, quema otro corazón; porque tus esperanzas abriganse a la par en otro seno; porque... ¡yo te amo también con amor eterno!.. porque en mis noches, que todos creen cobijadas de tan apacibles ensueños, vela el insomnio al lado de mi lecho!.. porque... yo también te amo, Astasio, con tu amor inmenso y eterno!

—¡Oh Dios mío! dijo el escudero; ¡gracias, hermana mía! el lenguaje de los labios no puede expresar los sentimientos del alma. Si me amas empero, tu corazón latirá a compás del mío, y ese sentimiento simpático debe hacerte comprender las emociones que me agitan ahora!

Tú eres un ángel de los cielos, creado para verter en mi alma lacerada la copa del bálsamo!..

—No te has sentido jamás desfallecer y morir, tender la vista en el horizonte lejano, y no hallar un rayo de luz, una pálida estrella que rasgue con sus fulgores tímidos la negra oscuridad de los cielos?... ¿Abandonarse a la desesperación, recostarse en la fría tumba de la duda, y presto desaparecer todo, huir las tinieblas, aparecer el sol mas hermoso y radiante, convirtiéndose la tumba árida por vergel que matizan bellísimas flores, mecidas en sus tallos por matinales auras?..

Pues bien, tú eres el sol, la maga de mi vida!!!

Yo te adoraba; pero mi cariño ardiente era un manantial de hiel que bebían las heridas del alma... tierra sedienta que abría el norte!..

Yo te adoro, María, porque eres mi alegría y mi orgullo, la luz que guía al puerto, el primer rayo del día en la noche lóbrega, el iris de las tormentas... Como el Dauro atrae y lleva a su frío seno las espumosas aguas de ese torrente que a nuestros pies rebrama, tú arrastras mi corazón...

Oh! te adoro, en fin, porque he nacido para adorarte! Doña María bajos los ojos, encendida la color, abiertos los senos del alma: saboreaba con inmensa delicia, trémula y palpitante, las palabras de su amigo.

Bello estaba en verdad el escudero con su severo rostro ligeramente moreno, como esos hijos de dos razas, que ambas

le prestaron sus encantos. Su faz, de una hermosura de tipo varonil, no completamente desarrollado aun, estaba fantásticamente iluminada por los tintes extraños y cambiantes que reflejan en los objetos los rayos del sol que va a morir. Largas pestañas negras y sedosas oscurecían su mirada, dándole un tono inteligente y profundo, sin despojarla empero de su celestial pureza. Era un adolescente dulce y pensador: inteligencia precoz que abriera la orfandad y la desgracia, como esas delicadas flores cuyo desarrollo anticipan los templados inviernos, para morir mas en breve. En aquel rostro franco y leal, retratábanse fieles las emociones todas que albergaba el corazón cuando sentía el contacto de otro corazón inmaculado.

—Oh! ¡yo también te amo con el alma, Astasio! ¡Tuyos son mi corazón y mi vida!

—¡La felicidad!!! también la felicidad, como la desgracia quemar el alma y secan los raudales de la vida. Pequeño es en verdad el humano corazón, abismo sin fin para la amargura, estrecho vaso por cuyos bordes se derrama la dicha...

Oh! ¡cuánto te amo, María! Creo que mi idolatría hacia tí, es la continuación de otro amor de ignorado origen, madurado en otra existencia, cuyo recuerdo se pierde entre las brumas de la niñez, dorado sueño del alma, que nos mece una madre en la cuna... Yo no he tenido madre, hermana mía: esa criatura noble que me daba el nombre de hijo, no me había sustentado en sus entrañas...

—¿No era pues tu madre Blanca de Calderón?

—Antes de morir Astasio de Bracamonte, me llamó a su último lecho. Su esposa inconsolable sostenía su cabeza blanca, pintada con los colores de la muerte por un rayo pálido del sol de otoño que penetraba por el ajimez entreabierto. En último término estaba la pobre esclava, rendida al sueño por tan largas noches de desvelo.

—Mira, me dijo el anciano llevándome a sí dulcemente, conozco que voy a morir, y en esta hora suprema debo dejarte entrever el secreto de tu nacimiento.

Nosotros no somos tus padres.

Tu venida al mundo, hijo mío, fué la señal de la deshonra de una familia, orgullosa con doce generaciones sin tacha. Al nacer no recibiste el beso de tu madre; dorada puerta por donde entramos en la breve vida. Despareciste presto de su lado, como la huella del crimen...

Nosotros te llevamos a nuestro pobre albergue, y tú, por cuyas venas corre sangre tan hidalga como la del mas hidalgo castellano, has llevado mi nombre, el nombre de Bracamonte, oscuro en verdad, pero también honrado y sin tacha...

—Oh! ¡quién soy pues, padre mío! dije interrumpiéndole. Decidme el nombre de los que me dieron el ser... Acaso se haya rozado mi vestido con el vestido de mi madre, sin moverse un presentimiento del alma que me anunciara su presencia!!!

A pesar de mi emoción y de la casi penumbra que reinaba en el cuarto mortuorio, creí que se aumentaba la palidez de Astasio, de mi padre adoptivo.

La muerte rápidamente tendía sus negras alas sobre el escudero de Mondéjar.

—Por piedad, hijo mío, jamás quieras sondear ese abismo! me contestó suplicante; porque dejarías caer con tus investigaciones la cuchilla del deshonor, suspendida há largos años sobre su cabeza...

Oh! fué una desgracia inevitable y horrible...

Algún día acaso conocerás completamente el misterio de tu nacimiento, el nombre que habrías de llevar con orgullo en la tierra.

¡El que se creía hijo del escudero, era menos aun, era el hijo de la duda!!!

Jamás había recostado mi cabeza en el seno de una madre! El amor pues que sentía hacia Blanca de Calderón, no era mas que el del agradecimiento...

—¡Cuán puro, cuán grande, cuán dulce debe ser el afecto maternal que sale de lo hondo de las entrañas, caliente vapor de la sangre que fluye con las oleadas del corazón!!!

—¡Madre mía! ¡madre mía! Yo te he visto después entre mis ensueños estrechándome contra tu seno desgarrado por la desgracia, y tus lágrimas quemaban mi pecho... tus lágrimas que recibían mis labios!

—¡Madre mía! ¡pobre ángel caído del cielo para llorar en los abandonados espacios! ¡cuánta sangre habrá vertido tu corazón de sus heridas abiertas!.. Mi voz que te llamaba en mis solitarias noches, atravesando los espacios, te habrá despertado mil veces, y en vano también habrás tendido tus brazos para estrecharme... al huérfano solitario, al hijo del crimen, porque un destino horrible nos separaba... ¡Oh madre mía! ¿cuando veré tu rostro melancólico y sufriente, estrechándote contra el alma, sintiendo a par tus penas? ¡pobre ángel maldonado y arrojado de los cielos! ¿Cuándo podré decirte con esa voz que reconcentra el poder todo del corazón: ¡yo os amo, madre de mis entrañas!..

—Dios mío, dije a mi padre de adopción, ¿con que nada puedo hacer por desatar los vínculos de mi desventura? ¿no podré luchar con ella, intentando descubrir el secreto de mi nacimiento?

—¡Jamás, jamás! me contestó ¡debes llevar, como hasta aquí mi nombre sin que el mundo adivine la verdad! sé feliz a los ojos de todos, que no revele una palabra tuya tu orfandad y tu desgracia.

—Y si alguna vez me colocase el destino al lado de mis padres, y una de esas voces que se despiertan en el alma me gritara su presencia?

—Entonces calla, domina la voz de tu alma, que la calma sombree tu rostro y que la indiferencia se pose en tus labios! Ya te he dicho que el secreto de tu nacimiento es un inmenso manantial de desgracias, la clave de la existencia de tu madre, de la vida de tu padre, de la reputación de una familia que cuenta por siglos su inmaculada honra.

—Oh! ¿qué soy pues? exclamé combatido de pensamientos encontrados que luchaban en mi alma ante esa revelación incompleta ¿qué soy pues? ¿el hijo de la desgracia ó el hijo del crimen?

—Tus padres, Astasio, se amaban con el candor de los adolescentes: nada veían fuera de su cariño, sin comprender otra cosa que la pasión de sus almas embriagadas de amor, hasta que un día la mano del rencor levantó el velo é iluminó un abismo... ¡Cuántas lágrimas saludaron tu venida al mun-

do! Tú eres el hijo de la desgracia, porque los que te dieron el ser, jamás pudieron abrigar un pensamiento de crimen!..

Nuestro amigo paró su triste relación, agobiado de amargura. Su voz era difícil, los sollozos querían salirle del pecho, y alguna lágrima solitaria bañaba sus mejillas...

Doña María, con avidez creciente, le escuchaba sin atreverse a suspender su narración; pero también el llanto humedecía sus párpados.

Ese magnetismo indescriptible que existe siempre entre los corazones que se aman, atmósfera de la pasión, había acabado la distancia que los separaba; sus alientos se confundían con sus almas.

Astasio acabó su narración en estos términos:

—Después... nada mas pude alcanzar de mi padre adoptivo.

Dióme algunos santos y saludables consejos para que me guiara en la vida; díjome que no estaba solo y desvalido en la tierra; que un poder invisible, amparándome, preparaba mi porvenir, y a otro día ya dormía el sueño de la eternidad el honrado escudero de Mondéjar, arrastrando consigo bajo su paño mortuorio a las bóvedas de la iglesia de Santa María el secreto de mi nacimiento.

—Oh! cuánto habrás sufrido desde entonces, pobre Astasio mío!

—Sí, sí, harto he sufrido desde entonces. Ese secreto que debía guardar penosamente en mi alma, desarrolló mi inteligencia temprana: recógime en mí mismo con mis ideas de orfandad y de desgracia invencible, y a los diez y seis años abrigaba ya en el alma graves pensamientos. Este fatalismo ha vertido harta hiel en mi seno y héchome derramar demasiadas lágrimas que ninguna mano enjugará jamás.

—¿Cuál es pues mi misión en la tierra? exclamó Doña María con reconvencción dulcísima.

—Demasiado, demasiado sé que tú eres el ángel de mi vida: tú, ser privilegiado y feliz, nacido para las dichas de la tierra, que has querido ligar tu existencia brillante al mísero porvenir del hijo de la desgracia, a mí que nada poseo en la tierra, que... harto oscuro es el nombre que llevo. Pero si alguno quisiera despojarme de él, poner en duda su legitimidad, habría de bajar mi frente, que jamás purificará el beso maternal, y apartarme con mi deshonor, silencioso y mudo, devorando mi afrenta!

—Oh! ¡no! contestó la doncella, tú no debes jamás bajar tu frente; levántala orgullosa, porque en tu vida no hay un punto de deshonra... Si tu nacimiento es hasta ahora un impenetrable misterio, recuerda las palabras de tu padre adoptivo: «tú eres el hijo de una familia orgullosa, dijo al morir, con doce generaciones sin tacha; por tus venas corre sangre tan hidalga como la del mas hidalgo castellano!»

Ese velo tenaz será roto algún día, y tu nombre saldrá puro y brillante, como el sol que ahora miramos perdido tras las pardas cumbreras de Sierra-Elvira, que al nacer el venidero día, aparecerá tendida al aire su guedeja de oro.

—Esos pensamientos atraviesan mi mente a pesar mío: Pláceme luego embeberme en ellos, dijo el escudero, retirado en mi estancia ó escondido en las floridas márgenes del Dauro: esos fantasmas pasan deslumbradores ante mis ojos, y me trasportan embebecido a un porvenir mejor; pero luego... al despertar, aparece la realidad desnuda y severa... Entonces el corazón, cubierto de crespon fúnebre, sepúltase en un mar de desgracias sin fin.

Oh! ¿no ves tantas criaturas nacidas para la dicha, que desde que vieron la primera luz arrastran en pos de sí el carro de la fortuna? ¡A otras también, vivos reproches de la bondad del Creador, persigue la desgracia, y adonde quiera dirigen los ojos hallan un abismo! Porque sobre todos nosotros pesa un fatalismo cruel que nos arrastra al bien ó al mal; porque nada en fin hay mas cierto que ese axioma mahometano: ¡estaba escri o!!!

—No, no, Astasio, exclamó Doña María, animado su rostro, con expresión que llamaríamos apostólica si alguna vez no tuviese esta palabra una acepción vulgar y torcida. Tien-de la vista por cuanto nos rodea: ese suelo que anima una vegetación poderosa, ese horizonte de montañas que nos interceptan violados vapores, esas estrellas que comienzan a destacarse en la atmósfera azul, ¿nada dicen a tu alma?

Remóntate a la contemplación de lo infinito, tras de esa nube dorada por el sol, que alumbrará ya otros horizontes desconocidos, y adivinarás el misterioso poder que sostiene a la tierra, inmóvil en medio del vacío de otros millares de mundos quizá...!

Oh! hay un Dios, Astasio, que sostiene y anima la tierra, como el alma invisible é inteligente al cuerpo material y perecedero. Ese Dios debe ser justo y bueno: no nos habrá creado predestinados a la desgracia eterna, como el juguete que está en las manos del niño para ser presta é irremediabilmente destruido...!

Si el presente nos es contrario, tengamos esperanza en el porvenir, y si no hallamos en la vida mas que lágrimas, tengamos fé en otra existencia que da principio tras el polvo de la muerte, cuya cuna es el ataúd!..

—Gracias, Doña María! exclamó nuestro héroe. ¡Cuánta fé hay en vuestro corazón, que toda entera comunicais al mío! Oh! sois el ángel de mi existencia!

Creo como vos en un porvenir mejor, que correremos juntos, enlazadas las manos.

Perdonad al hijo de la desgracia que abrigue pensamientos de melancolía! El árbol del cementerio debe producir amargos frutos, y mi cuna se ha mecido entre lágrimas.

Al escucharos es imposible no tener fé. Cada una de vuestros palabras es una gota de bálsamo!

La dicha es la victoria que alcanzamos contra la adversidad.

No hay vencimiento sin lucha, y yo lidiaré. El premio de ella sois vos! Seré invencible, hermana mía. Nuestro será el porvenir!

Astasio seguramente olvidaba que para luchar contra los hombres era preciso ir cubierto con una buena armadura de acero, y entonces, como ahora, en nuestros prosáicos tiempos, para lidiar contra la adversidad era preciso ir resguardados los miembros con una gruesa armadura de oro, y de oro de buena ley.

—¿Cuál será empero ese porvenir? añadió después de un rato de meditación que le hizo caer de su entusiasmo, quemadas las alas de la fé. Tal vez sea el que, como dijisteis

vos, comienza en el panteon y nace entre el polvo de las tumbas.

Doña María se sentía á su vez dominada por los pensamientos fatalistas del escudero. En aquella alma llena de fé encontraba el desaliento; vagos terrores se apoderaban de ella: creyó oír desusados rumores hácia la escalera de la plataforma; empero presto se los esplicó á sí misma en esos confusos y estraños ruidos que producen al acercarse el fin del día las aves buscando un albergue, el céfiro vespertino moviendo las trémulas hojas de los árboles, la naturaleza entera que va á entregarse al reposo.

Astasio ninguna percepcion sentía de los objetos estraños, perdido en el enmarañado laberinto de sus pensamientos.

—Dios mio, Dios mio! continuó. Os amo con toda mi alma. El amor es el deseo sin fin de labrar á cualquier precio la dicha de la persona querida, y yo he nacido para desconcertar vuestro porvenir, que tan dulce debiera ser, y arrastraros migo al abismo.

Oh! si no hubiese visto la luz del día, os sonreiría la felicidad, y harto sabe Dios á qué precio compraría yo un instante de vuestra dicha.

Estas palabras, escitando sus ideas generosas, hicieron una pronta reaccion en el ánimo de Doña María, cambiaron sus ideas y su valor, próximo á desfallecer, rehízose sobre sí mismo.

Astasio estaba dominado de desalentada melancolía. Ella animada y fuerte.

Decididamente hallábanse cambiados los papeles.

—Tu porvenir es el mio, díjole la doncella. Tu vida mi vida, ya sea un árido desierto ó un vergel tapizado de flores. Hasta que deje de sentir mi brazo sostenido por el tuyo, todo lo arrostraré con la frente tranquila.

Después añadió con inspirado continente: —No te abandones así á la desesperacion. ¿No sientes el frío de la empuñadura acerada de una buena hoja toledana en tu costado siniestro? ¿Y no ves cuál se apresta ahora el africano orgulloso para luchar frente á frente contra el poder de nuestros monarcas?

En medio del campo enemigo, cubiertos con el polvo de las batallas, hay hartos blasones, y mas de una corona ducal que, alzándola con la punta de tu espada, podrás ceñir á tu orgullosa frente, y oscurecer con su brillo el poder de mas de un noble.

¿Qué son empero tambien, oh Astasio, esas abiertas coronas que adornan el blason de alguno de nuestros orgullosos magnates, sino el laurel ganado por sus abuelos, nobles y poderosos hijos de la plebe, que trocado en oro bajo se enmohece en sus frentes degradadas?

Para animarte, no olvides nunca, entre otros, el envidiable origen de los Pulgares.

Triste hidalgua por cierto aquella que, como la de estos, no se hubiese ganado con la punta de la espada ó de la pluma, venciendo á los enemigos del estado ó ilustrando á la humanidad; porque se habrá adquirido con la degradante lisonja ó con la vil calumnia que se arrastran en los palacios salones.

Estraño parecerá en verdad que la hija de los nobles marqueses de Mondéjar abrigase ideas tan demagógicas; ella, cuya educacion habria de estar impregnada de aristocráticas supersticiones; pero es necesario que se detenga el lector benévolo en la no de satendible consideracion de que Doña María amaba á Astasio, á cuántas meditaciones jerárquicas se habria abandonado para ello, y en que el amor, que es el mejor de los mentores, hace andar á una doncella de diez y ocho años larguissimas distancias en breve tiempo.

—Oh! exclamó Astasio, sois un tesoro de cariño, de pureza y de valor. Siempre nos amaremos con esperanza, aguardándolo todo del porvenir. Para ser dichosos sóbranos con nuestro amor, sin ver nada mas alla. Nadie podrá comprender nunca el misterio de nuestra pasion, que será en nuestras vidas como esos astros invisibles que guian al viajero durante la tormenta. Porque yo te amo, María, con amor de hermano, puro y leal.

Adorarte! He ahí todos mis deseos. Que comprendas mi corazon! he ahí toda mi dicha. Si siempre soy el pobre escudero de Tendilla, nos adoraremos en secreto, como se adora al Creador, sin poderle contemplar jamás; pero si esta pasion de mi vida guía mi brazo á las acciones heroicas, entonces... Oh! entonces.

En aquel momento atravesó los aires, saliendo como del pavimento de la torre, una voz sepulcral, cual el último grito de agonía; empero segura y firme como la realidad.

—«Nunca! dijo: nunca! Insensatos!.. Huid de ese cariño, porque... es la demencia!.. Jamás podreis amaros con amor terreno; porque si la naturaleza os atrae con irresistible fuerza, os aparta para siempre el crimen incontrastable!.. Sospechad de vuestras almas!.. desconfiad de vuestros propios corazones!

Doña María quedó pálida como la muerte. Astasio, con la mano en la empuñadura de la daga, casi fuera ya de la vaina, quiso lanzarse á la escalera de la torre. Ella arrojóse á los brazos del escudero y le detuvo por algunos momentos.

Libre ya, lanzóse él fuera de la plataforma. La doncella quiso seguirle; pero la sorpresa y el terror habian suspendido sus movimientos y paralizado la circulacion de su sangre.

Entonces creyó distinguir á la incierta luz del crepúsculo una sombra humana, que tal la creyó ella, atravesar la torre con ligero pié, y desaparecer presto en el pavimento ante sus ojos espantados.

Todo esto se sucedió en algunos segundos. Astasio volvió con la desesperacion en el alma. Habia recorrido con minuciosa escrupulosidad todas las habitaciones de la torre y sus alrededores, preguntando á los guardias.

Nadie estaba en ellas ni en el callejon solitario. Los centinelas le aseguraban su engaño.

Preciso era empero creer en la realidad. Un oído estraño habia sorprendido el secreto de sus almas.

¡Pobres niños sin mancha, que nacieran el uno para el otro, separados por las nunca bastantemente combatidas distancias sociales, que en cambio de tanto amor solo quisieran poder vivir con un mismo pensamiento guardado y perdido

en el seno, como en el de una madre el de la deshonra de su hija; y en el silencio de la noche, en el martirio bárbaro de la ausencia, poder mandar á los espacios mudas y sentidas quejas, que confundiría en una brisa sutil, ó mandar en sus alas un mutuo suspiro, misterioso perfume del alma, á la luna pálida, mudo confidente de los melancólicos amores!...

Oh! triste, triste y pequeño deseo, imposible tambien dentro de pocos momentos; tal vez ya combatido.

Oh! hay situaciones en la vida, desventuras que nos entregan inermes y sin fuerzas en brazos del destino, con el que ni podemos, ni nos atrevemos á luchar!

La plática de los amantes fué ya breve, desesperanzada y amarga.

Sus existencias pendian de un ser desconocido que ella no podría desarmar con sus lágrimas, ni él hacer callar con la punta de su espada, tras el silencio de la muerte...

—Oh! dijo Doña María, descansenos en la pureza de nuestras almas, hermano mio; si tan cruel se nos muestra la desgracia, vestiré el habito de las hermanas de Jesus!!!

Con estas palabras bajaban ambos la escalera de la torre. Era ya completamente de noche.

Las nieblas derramaban una lluvia sutil: el aire era pesado, sofocante; preparábase en la atmósfera una fuerte tempestad, y ya sonaba el trueno, aunque lejano y débil.

Por intervalos se oía el melancólico tañido de una campana. Esa campana lúgubre era la de la Inquisicion, que anunciaba el *auto de fé* del venidero día.

CAPITULO XII.

Los exhumadores.—El complot.

Ahora preciso es trasladarnos á la iglesia de Santa María de la Alhambra.

Es todavía el principio de la noche del 30 de abril del año de gracia 1569.

La casa del Señor es teatro de abominables escenas. A trechos el pavimento está alzado y movida la tierra...

mas allá hallanse algunos ladrillos señalados con cruces negras. Una porcion de hombres andrajosos estraen la tierra hasta practicar hoyos profundos...

Otros que ostentan en sus manos y pechos escudos y signos de autoridad, observan cuidadosamente á los trabajadores. ¿Por qué es turbada durante el silencio de la noche la muda paz del templo?

¿Buscarán tal vez los profanadores tesoros denunciados que escondiera allí el marqués primero de Mondéjar, fundador del santuario de María?

Observemos un instante á los autores de tal escena. Al llegar á cierta profundidad, apartan blancos y asquerosos objetos: esos objetos son osamentas humanas que el tiempo despojara de sus carnes y que ellos colocan en negros cajones, donde á través de pintadas llamas resalta un nombre escrito con caracteres blancos.

Los andrajosos violadores de las tumbas son los sepultureros de la ciudad. Los de los escudos son los dependientes del tribunal de la santa Inquisicion.

Cuando se acaban los huesos de una sepultura, búscase otra, y levántanse las losas, y despues la tierra donde hay una cruz dibujada.

Esta escena estaba iluminada por una linterna colocada sobre la tierra recién removida, y la luz de la luna que daba su resplandor incierto, al penetrar por los vidrios de las altas ventanas.

—Maese Bernal, decía uno de los enterradores á otro de los enlutados dependientes de la Inquisicion, ¿con qué tan endiablado hereje fué este perro cuya sepultura vamos á abrir?

—Murió relapso é impenitente, contestó el interrogado, usando de la pedantesca tecnología del llamado tribunal de la fé.

—¿Quién lo creyera! exclamó otro de los sepultureros. ¿Si vierais la fama que dejó antes de morir? Milagros se contaban de él. Nadie se atrevia á poner en duda su fama de santidad. Pero cuenta aun mi padre, al hablarse de esto, que en cierto tiempo, ya hace largos años, una vecina nuestra tenia una hija casi espirante. Todos los días creia mi padre que iba ella á ocupar el primer hoyo, y lo creia con pena, pues la viuda estaba tan miserable, que ni aun tendria para pagar la última posada de su hija.

Pues bien: una vez, al volver de la iglesia, la encontró buena y sana besando la mano de un anciano hidalgo. ¿Sabeis vosotros quién era?... No?... Pues en este mismo instante mi pico hunde su cabeza.

—Oh! ¡era él! exclamaron todos suspendiendo el trabajo por algunos instantes.

—La viuda dijo á mi padre que el desconocido habia salvado á la moribunda con una medicina rara y desconocida. ¡Tal vez algun filtro encantado!

Oh! la madre estaba loca. Mi padre la oyó decir que era ese maldecido su ángel y su dios.

—Sacrilégio! interrumpió el enlutado santiguándose. Todos los circunstantes hicieron la señal de la cruz.

—Mi padre, que como sabeis, era tan exaltado amigo de la fé, continuó el narrador, denunció estas palabras al Santo Oficio, y...

—Todo eso, Pedro, interrumpió Bernal enfáticamente, consta en los registros del tribunal. Esa es la causa que con otras se ha resucitado ahora, y que desgraciadamente no produjo entonces pruebas bastantes... Hubo además la fatalidad de que muriera en breve.

—De ese modo pudo evitar su merecido castigo, para escarmiento de los que siguen todavía sus aborrecidas máximas.

—¿Cuánto cunden la maleda y los abrojos en la tierra! ¿Cómo prospera la maldecida semilla! exclamó con dolorido acento otro de los dependientes del tribunal.

—Pero al fin es presa de las llamas, opuso Bernal. Nada hay oculto á la santa Inquisicion. Dígalo sino este, que hace veinte años duerme tranquilo en su ataúd, manchando la iglesia con sus aborrecidas cenizas, que presto van á ser abrasadas.

—¿Si vierais las limosnas que hacia! dijo el primero de los enterradores.

—Pedro, Pedro, contestó filosóficamente maese Bernal,

¿qué provecho producirían eso que llamas limosnas? ¿Aceptarías tú la que con su mano te hiciese un leproso?

Además ellas no eran mas que un velo con que queria cubrir su conducta.

—Teneis razon, maese, sus limosnas debian llevar consigo las lágrimas y la deshonra.

—Pues ahora, dijo el del tono dolorido, robusto ganapan á las órdenes de la Inquisicion, van á repararse tantos males. Sus innumerables bienes, que ha confiscado el santo tribunal, ayudarán la exaltacion de la fé...

Con estos razonamientos quedó la sepultura vacía y los huesos todos en la horrible caja.

En el fondo de la sacristía, perdidos en su oscuridad profunda, hay una porcion de hombres observando á los exhumadores.

Su diálogo es en voz tan baja, que ni un solo murmullo llega á la iglesia.

En este momento pasaban los profanadores á otra sepultura. —Muley, decía uno de los desconocidos, señalándolos con el dedo, ahí duerme tu padre nueve años há, él va á salir en medio de los feroces aplausos de esos enemigos de nuestra raza, conduciendo en la mano sus propios huesos para ser abrasados.

El que decía estas horribles palabras, el que, genio del mal, se complacía en llamar las tormentas, era nuestro antiguo conocido Farax... Aben-Farax.

Muley al escucharle quiso lanzarse al templo con la guma desvenada...

—Adónde vas? le dijo. —A proteger el sueño de mi padre. Mi padre duerme, y Muley aplastará á los sabuesos que rebuscan sus restos para devorarlos.

—Los sabuesos, contestó Farax, cuando van á morir lloran como niños que llaman á sus madres. Los cazadores acudirán, y te habrás gastado en una venganza inútil.

¿Por qué no los esperas, alzada la guma, oculto entre el ramaje del bosque?

Muley nada replicó á tales palabras: sonaron sus dientes con sonido horrible; y esta fué la última explosion de su rabia, que se retiró al corazon, aprestándose para la venganza.

Su rostro frío y glacial no trasladó ya un solo pensamiento. Todos volvieron á su silencio, escuchando el diálogo de los exhumadores y de los dependientes de la Inquisicion.

Parecía que los escondidos de la sacristía eran conducidos allí por un poder malévol, que escitándolos con la contemplacion de su deshonra, los ensañaba mas y mas en alguna represalia sangrienta, como el que recorre la grandeza de la ofensa, para disculparse y no cejar ante lo bárbaro de la venganza.

—Aquí está escondido, decía el cicerone de las tumbas, un célebre brujo (1), el cual aun se entretiene en apagar de noche todas las lámparas de los mártires.

La otra tarde me contó el hermano sacristan cosas bien terribles.

De noche Satanás lo recorre todo con horrible ruido. Cerca de su celda, en cuya puerta ha suspendido el buen padre un trozo que de su propia vestidura le dió fray Juan Ortiz, que algun día veremos canonizado; hay paz. Pero en los claustros bajos y en la iglesia!.. allí reina á su placer.

Al sonar la campana de quieta, poco despues oyese ruido de cadenas y ayes, como si á alguno se le abrasaran las entrañas.

—¡Buena conversion hizo el cardenal con este perro de Zegrí! No recordó que las zorras se hacen las muertas al verse rodeadas por los cazadores.

Todos aplaudieron con estrepitosas carcajadas esta chanza cíuica y brutal.

Si no hubiese sido tan universal y ruidosa la explosion de su alegría, habrian oído el rumor de la lucha breve, pero tenaz, que Farax sostuvo con uno de sus compañeros que queria salir.

¡Horrible espectáculo en verdad presentaba la iglesia de Santa María!

Los representantes de una institucion, baldon y mancha de la edad media, de los siglos que la sostuvieron, que se titulaba estirpadora de la herejía, exaltadora de la Religion de Jesus, del que por salvar á la humanidad, dejando la fuerza, humildemente acabó en una cruz, mofado y escarnecido por el populacho, seguían procesos *contra la memoria y fama* de un infortunado que dormia luengos años hacia el sueño de la eternidad, protegido por su negro sudario, egida respetada siempre aun en las naciones mas bárbaras...

Para esos inicuos procesos se rebuscaban los testigos, que creían salvar sus almas y sus conciencias, practicar una obra meritoria, trabajar por su propia cuenta, ó satisfacer alguna vez tan asquerosas pasiones como las de los propios jueces; y por ridículos cuentos condenábase al deshonor á una respetable raza, confiscando los bienes del difunto en provecho propio. Condenábase á la relajacion, es decir, á ser quemado en estatua, que llevaban á la hoguera, como accion meritoria, las mas calificadas personas, gozando por ello de indulgencias sin fin.

Rebuscábanse las tumbas, estrañanse los huesos, llevábanse á la hoguera, y las cenizas eran esparcidas al viento, todo en honra y gloria del que nació en Bethelém en un humilde establo.

¡El Tribunal de la Fé!
¡Sacrilégio horrible!

Pero apartemos la vista de este horrible espectáculo, que mancha las páginas de nuestro libro.

Si nos detenemos en estas repugnantes escenas es contra el instinto de nuestro carácter. Cada siglo tiene su colorido... El nuestro profana los santuarios!

¡Triste, mísera humanidad, siempre conducida á estremos perniciosos, por nobles pasiones, á cuyo frente colócanse los malvados para abrir la senda!

(La continuacion en la página 182.)

(1) Estremece pensar que no pocas personas fueran condenadas á las llamas por *convicias y confesas* del crimen de brujería. Esta *conviccion*, y sobre todo esta *confesion*, indican bastante los medios de proceder del llamado *Santo Oficio*. A propósito pocas cosas hay tan curiosas, y al mismo tiempo tan lamentables, como lo que dice Sandoval en su *Historia de Carlos V*, lib. XVI part. 15.



LOS OJOS NEGROS.

POLKA

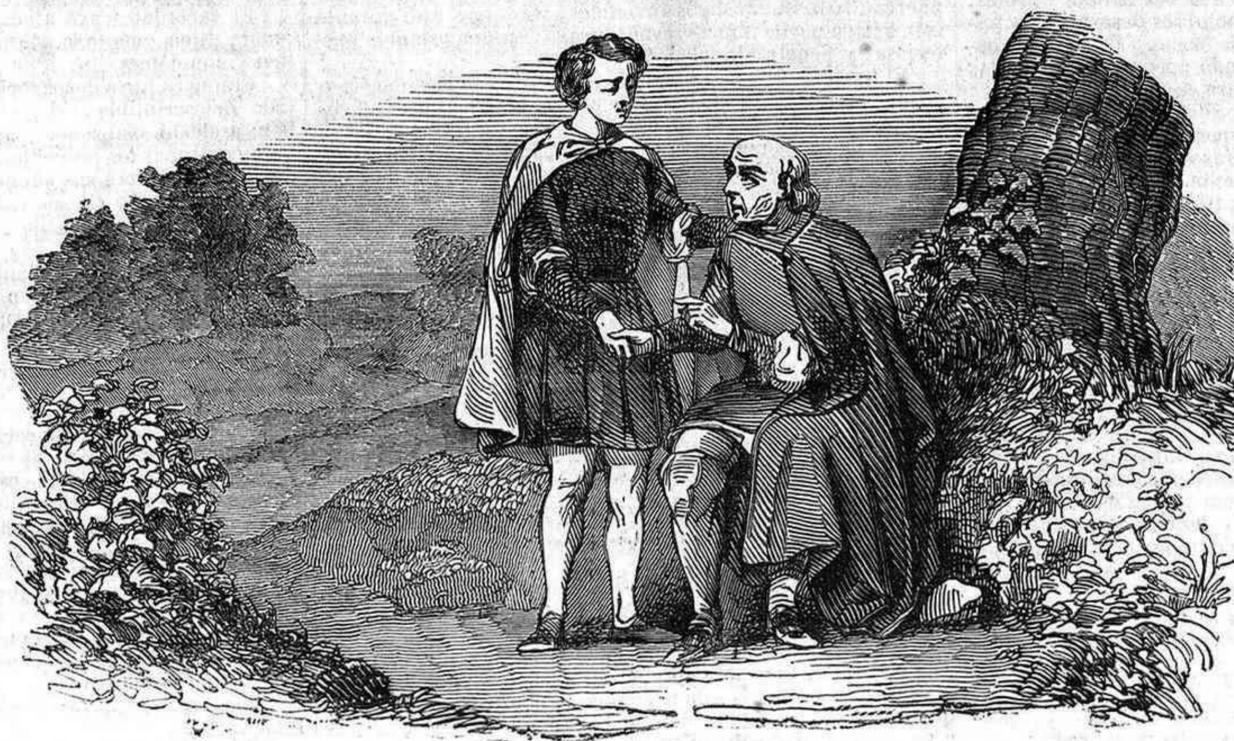
(escrita para un Album)

POR

DON MANUEL DE LA MATA.

PIANO.....

A musical score for piano, consisting of five systems of staves. Each system has a treble and bass clef staff. The music is in a key with two sharps (F# and C#) and a 2/4 time signature. The score includes various musical notations such as notes, rests, and dynamic markings. The dynamics include *F.* (Forte), *FF.* (Fortissimo), *FFF.* (Fortississimo), and *mf.* (mezzo-forte). The piece concludes with a double bar line and the word "FIN." in the right margin of the fourth system. At the bottom right of the fifth system, the initials "D. C." are present.



En el siglo XIX profánanse y derribanse los templos (obras del arte cuando menos), á nombre de la civilizaci6n; y en el siglo XVI profánabábase tambien con escenas tan abominables como la que acabamos de narrar, y todo á nombre de la civilizaci6n, ó de la Religion de paz y de humildad y de tolerancia!

Los exhumadores y los representantes de la Inquisici6n tras de cada tumba contaban una antigua conseja.

Cuando estaban al fin de su operaci6n sacrilega fueron sorprendidos por un ruido inesperado.

La campana de la torre vibr6 tres veces con sonido agudo y rápido, cesando súbitamente.

Parecía que la torre de la iglesia con su lengua de metal invocaba socorro, y que habia paralizado y suspendido su voz la mano del Omnipotente.

Hacia la oscura sacristía oyóse el confuso ruido como de una muchedumbre que se atropella.

Los profanadores huyeron despavoridos convocando al arma á los vecinos y tropas de la fortaleza.

Cuando volvieron con las primeras patrullas y guardias de las cercanas torres, estaba la iglesia completamente vacía: recorrier6nlo todo escrupulosamente, y mas allá de los sombríos callejones que conducen al cementerio, al pié de la torre presentóse á sus ojos un espectáculo extraño.

De la cuerda de la campana pendía una masa inerte. Acercáronse poco á poco y era un hombre ahorcado.

A la luz de la linterna pudieron reconocer presto en él al sacristán de Santa María. Desataron el nudo que oprimía su garganta y su cuerpo estaba aun tibio. Quisieron volverle á la vida... pero ¡vános esfuerzos! habia cesado de existir para siempre.

Un hombre del pueblo que tenia cercana su morada, refirió á los espantados curiosos que pocos momentos antes de la asonada, habia visto en medio de la oscuridad de la noche, que le impidió reconocer sus rostros, á una porción de hombres trepar las tapias del cementerio y desaparecer hacia la ciudad con rápido paso.

No sin estensos comentarios cargaron por órden de un jefe de ronda algunos de los vecinos, que en buen hora acuden siempre á las conmociones para llevar la mejor parte de la carga, el cuerpo del malaventurado sacristán.

Los dependientes de la Inquisici6n llevaron consigo sus cajas repletas de huesos.

Pocos instantes despues estaba completamente vacía y muda con sus profanadas tumbas la iglesia de Santa María de la Alhambra...

Pasados unos momentos de haber acaecido los anteriores sucesos, hallábase reunidos en casa del Hardan (1), en el Albaicín, varios moriscos de valía, entre los que se cuentan Aben-Farax, Berbuzz, Macox, Rendatin y otros.

Cada uno de ellos tenia un padre, un hermano ó un amigo que iba á ser abrasado ó penitenciado en el auto de fé cercano.

Sus trajes en la apariencia son los de los mas pacíficos ciudadanos; pero detrás de ellos se ven brillar lucientes cotas de mallas, y cuando acaso se apartan los pliegues de los anchos tabardos, lucen los deslumbradores aceros.

—Berbuzz, decia Aben-Farax á un moro de atléticas formas, cuéntanos cómo ha acontecido ese suceso.

—Es cosa bien sencilla, contestó desdeñosamente Berbuzz; saltaba yo las tapias del cementerio para reunirme á vosotros en la mezquita cristiana, y cerca de la torre hallé al Muezzin, que al verme cogió la cuerda de la campana para llamar á sus hermanos y cogernos en el nido. No le alcancé á buen tiempo pues ya habia tomado la cuerda y estaba dada la señal de alarma. Le cogí, le colgué de ella, y por cierto que no pudo salvarle de mis manos la reliquia de Juan el Faquí. Corrí á avisaros; Farax no quiso que nos vengáramos de aquellos miserables, saltamos todos las tapias del cementerio, y hénos al fin aquí para librar á nuestros desventurados hermanos.

—¡Pobre Muezzin de Santa María! Ya no tendremos que asustar tu pobre espíritu! dijo Rendatin con irónica compasión.

—Hermandos! exclamó Aben-Farax; no debe ser nuestro único plan librar á nuestros padres, á nuestros amigos, á nuestros hijos de los crueles suplicios que se preparan. Así que hayamos desbandado esa turba de asesinos, nos apoderamos de la ciudad, y entonces será otra vez Granada la *Damasco de Occidente*.

—¡Oh, eso es imposible! dijeron á la vez Hardan y Macox.

—Un golpe de mano es fácil en hombres desesperados, exclamó Berbuzz, ampliando la duda de Macox y de Hardan; pero apoderarnos de la ciudad, cuando apenas cuatrocientos hombres deben auxiliarnos en nuestra empresa!

—Tened mas fé en la causa del profeta, contestó el Abencerraje: cuatro mil hombres que esperan mi señal escondidos á media legua de aquí en las riberas de Genil; aumentarán nuestro partido en medio de la revuelta. Yo me apoderaré de la Alhambra al primer movimiento; tú, Macox, con tu gente señorea la Alcazaba, y vosotros, Berbuzz, Hardan y Rendatin, sembráis el espanto entre los asesinos cuando lleguen al punto de la ciudad que concedieron como una limosna para que le habitasen nuestros antepasados (2), y os apoderáis de nuestros hermanos.

Todo el que sienta arder en sus venas sangre mahometana se nos unirá, y...

Por la mente del álvico Farax cruzó el recuerdo de la eóbarde conducta de los granadinos en la noche del alzamiento, y se nubló su corazón, al meditar en el porvenir de su familia; mas su emoci6n no se reveló en su impasible rostro.

—Mi gente, dijo Rendatin, no estará perezosa ni tardá; aun no contando con su probado valor, hartó tienen que temer mis monfis, los que alaron los Ojijares y desagaviaron con sangre la sangre de sus hermanos, para que no cuenten con buenos auxiliares.

(1) A este morisco mandó ajusticiar despues el duque de Arcos (Hurtado de Mendoza).

(2) El barrio de San Lázaro, construido para que habitasen los moros y las tropas que los vigilaban. La autoridad militar mandaba en este barrio con inhibici6n de la civil, que no podía penetrar en su jurisdicci6n sin que sus ministros se desprendieran de las varas. emblema de su poder. Sus límites eran una cruz, que aun se ve á espaldas de la plaza de los toros.

—En último término, siguió Macox, ha llegado la hora de que juguemos el todo por el todo.

—Yo os juro que no será uno solo el que pruebe el dulcísimo fin del sacristán de Santa María, exclamó Berbuzz con acento sombríamente risueño.

Farax recorrió la estancia, y sus ojos, despues de posarse en cada uno de los conjurados, irradiaron una mirada satisfecha.

—Sobre todo, les dijo, ni vacilar ni detenerse un momento. Ello se reduce á una ocasi6n de arrojo y nada mas. Si contamos los enemigos, si nos paramos en considerar la calidad del peligro, todo se habrá perdido.

Gracias, Rendatin, Berbuzz, Macox, amigos míos, preciso es separarnos, dijo levantándose, pues esta ciudad, que antes era el haren del medio día, bañada de placeres y de vida, es ahora el nido de los denunciadores y de los espías.

Hasta mañana pues... mañana vereis á Farax con sus gentes, terror de los cristianos, cuyo nombre no pronuncian ellos sin un extremo pavor... *los monfis de la dehesa del Calvario*...

Despues las rondas que acaso recorrian la ciudad perseguian en vano algunas sombras que creian distinguir deslizándose á través de las negras y tortuosas callejuelas del Albaicín...

Farax habia logrado al fin de sus celosos amigos que le dejaran solo... El desgraciado necesitaba perderse en el laberinto de las calles para saturar sus pulmones de aire, y solo y sin testigos despojarse de su trabajosa máscara y dar rienda suelta á la comprimida cólera que devoraba sus entrañas!

En medio de sus amargas meditaciones le interrumpió el agudo tañido de la campana inquisitorial.

Una imprecaci6n horrible, cortada por una carcajada satánica, salió de sus descoloridos labios.

La campana dobló entonces sus sonos, como desafiando la cólera del morisco.

Farax huyó despavorido...

De pronto llegó á un sitio donde el vivísimo brillar de varias luces deslumbró sus ojos...

Detóvose sorprendido, y... vió un inmenso grupo de gentes que obstruian las calles...

El abencerraje se hallaba al principio de la de Varela. En aquel momento cesó el sonar de gran número de trompetas y de atabales y chirimías.

El morisco se confundió entre la turba, y prestó su atenci6n ardiente, como todo enfermo desahuciado que en cualesquiera cosa quiere hallar remedio á sus males.

El desgraciado nada comprendía aun; empero, sin saber por qué, su curiosidad era devoradora y febril...

El aire llevó á sus oídos estas palabras, pronunciadas á voz de pregonero:

Sean todos los vecinos y moradores, asistentes y residentes en esta ciudad de Granada, que los señores inquisidores apostólicos de ella y su partido han de celebrar auto público de fé en la plaza del Triunfo, á honra y reverencia de Jesucristo nuestro Señor y exaltaci6n de su santa fé católica y ley evangélica, y estirpaci6n de las herejías, el domingo que se contará 3 de mayo de este presente año. Y se conceden las gracias é indulgencias por los Sumos Pontífices dadas á todos los que acompañaren y sirvieren al dicho auto. Mándase pregonar por que venga á noticia de todos.

Farax rugió como Sísifo bajo el peso de su horrible carga, como Prometeo sintiendo en sus palpitantes entrañas el acerado pico del buitre. Empero el bramido de su cólera se perdió entre los aplausos de los espectadores y el dulce sonar de las trompetas y de los atabales y de las chirimías.

El abencerraje empero, para no padir la estéril lucha de los hijos de la tierra, huyó devorado por la fiebre, á la calle de San Juan de los Reyes, y se entró misteriosamente en casa de un morisco convertido, hermano de la cofradía de la Resurrecci6n.

CAPITULO XIII.

El dominico.

Son las once y media de la noche, de esa noche tan fecunda en acontecimientos, en que hemos conducido al lector desde la iglesia de Santa María, al conciliábulo de los moriscos, y en la que hemos seguido á Farax durante su paseo febril.

Ese privilegio que nos hace salvar las distancias, leer tras el denso polvo de los siglos, y atravesar las herradas puertas, hará que testigos invisibles, asistamos aun durante esta aciaga noche á una escena extraña, en una estancia misteriosa, y penetrable solo á la desgracia.

El lugar de estos acontecimientos es un estensísimo salon cuyas paredes están cubiertas de negro. Bajo de un dosel colocado al fondo, vense grabadas unas extrañas insignias á manera de escudo de armas: compónense de un Cristo crucificado, y á sus piés, al lado siniestro, una espada, y al derecho una oliva, emblema esta de la paz, y aquella de las pasiones humanas; y sobre todo en forma de corona este significativo lema, escrito en letras bordadas de oro y plata: *Exurge, Domine, et júdica causam tuam* (1).

¿Qué extraño escudo es ese en el que se unen Jesus el victorioso con su humildad, y el laurel de la guerra y el instrumento con que todos los días arma Cain sus fratricidas manos? ¿Quién ha sido el que ha arrancado su lema del salmo 78, para coronar ese jerooglífico?

Bajo el dosel vense tres sillas de terciopelo morado, con elavazon dorada; delante una estensa mesa llena de papeles revueltos, y un reloj de arena que ha dejado pasar ya su último grano. Dos velas verdes apenas alumbran la estancia con sus tímidos fulgores.

Nuestros lectores habrán comprendido sin duda, que el Cristo, el laurel, la espada y el lema, son las armas de la Inquisici6n.

Este salon es el que el público conoce mas de todos los del tribunal, pues es el destinado para las recepciones públicas, y para los llamados autillos.

Esta estancia, pavorosa á pesar del extremo lujo con que está decorada, lo es mas aun por su silencio completo, y por la oscuridad profunda que la amenaza, puesto que las velas, que no pueden alcanzar con su luz á lo último del salon, se consumen rápidamente en sus candeleros...

(1) Levántate, Señor, y júzga tu causa.

De pronto ese silencio, propio solo de los sepulcros, fué interrumpido por un rumor extraño.

De la mesa alz6se trabajosamente un objeto indescriptible... Una cabeza humana. En esa cabeza de desordenados cabellos, en ese rostro lívido, descompuesto en esos ojos secos y hundidos, difícil hubiera sido reconocer al maestro Alvarado... Empero era él... él... el virtuoso y virgen sacerdote... el de reputaci6n sin mancha, que se veia todos los días escarnecido por las caricias del pueblo cristiano, y por la celebraci6n de sus virtudes: caricias y virtudes que siendo las unas injustas y las otras mentidas, eran un áspid que secretamente mordía sus entrañas.

El jesuita pasóse la mano por el rostro, alz6se lentamente sobre sí mismo, y paseó su mirada hosca por el salon.

Luego puso la mano delante de los ojos para no ver, ó para ver á través de sus secos dedos, que fué cerrando lentamente; despues fué doblándose sobre sus músculos flexores, como si quisiera ocultarse, como si tuviera miedo, y por último dejó caer súbitamente la cabeza y la mano sobre la mesa.

En estos momentos solemnes solo se oía en la misteriosa estancia el lento y acompasado ruido de la parda carcoma, que tenazmente labraba su madriguera en las delicadas molduras de la techumbre.

Pasado un breve rato alzó otra vez el fraile su cabeza. ¡Cuántos pensamientos revelaba su rostro! ¡Cuántos sufrimientos esa frente marchita por el dolor, surcada de precoces arrugas!

Há bien poco tiempo era él feliz, muy feliz, con la tranquilidad que prestaba á su vida la castidad de su corazón. Luego en una tarde funesta un punto negro apareció en el horizonte de ese lago tan apaciblemente dormido en la contemplaci6n de los cielos, y una tempestad furiosa removió todo el negro cieno que posaba en su fondo, y manchó sus ondas. Su sangre mora inundó de pronto todo su corazón, y amó como aman los hijos del desierto, los habitantes de la abrasada zona. Amó con delirio, combatió ese amor con todas las fuerzas de su alma... pero en vano... El ángel de la castidad, que velaba su sueño y escudaba su vida sin mancha, le habia abandonado llorando!...

Esa inmensa pasi6n de perseguir á los herejes con el fuego y toda clase de inhumanos castigos, pasi6n de nobles tendencias por su fin, aunque infame y sacrilega por sus medios, le abandonó tambien! El desventurado dejó de ser el ardiente *soldado de la fé*. Hasta llegó á pensar con delicia, durante sus insomnios sin fin, en su origen moro, en la nobleza de su hidalga tribu, en las apacibles noches del Yemen, en las ardientes emanaciones del sol del desierto, en el ardor de la carrera del corcel indómito, templado luego en la fuente del oasis, á la sombra de la palmera, cuyo maduro fruto derribaban á sus piés el tiempo y la saz6n, y todo... todo al lado de esa muger tan bella y tan pura, de mirada dulce y velada por el pudor, de la aparici6n de sus ensueños de niño, de la virgen que él veia tras la nube de incienso en sus castas oraciones de sacerdote.

Al principio acogi6se Alvarado á la oraci6n; pero en vano: quiso mitigar el ardor de sus pasiones con los cilicios y las penitencias; pero mas inútilmente todavía... Tras de la ruina de su naturaleza, nuevo fénix, asomaba su pasi6n mas viva aun. Quiso probarlo todo, y asistió otra vez con ardor á las sesiones del tribunal, y ensayó ejercer sus funciones de juez como hombre apasionado, cual si ejerciera una venganza; empero aun esto le fué mas inútil todavía; al ver al acusado recordaba su origen, pensaba que el desventurado era su hermano, que la bella Aurora, su adorada Zoraya intercedía por él, y huía del tribunal para no aparecer sospechoso á sus compañeros, que temblaban por su salud.

El maestro Alvarado supo un día que D. Juan Ortiz habia hecho prender á Yahye y á Adel, hijo el primero y esposo el segundo de la morisca, ambos sospechosos al tribunal tiempo habia, por haberse espresado con calor en cierta reuni6n de desocupados en la plaza de Bib-al-Bolul.

El pobre sacerdote sucumbió al fin en la lucha tenaz que habia sostenido contra su corazón.

Entonces fué cuando una tarde huyó del coro y se entró en la casa de la morisca.

Encontróla triste y sola en un banco de césped, deshojando las flores que encontraba cerca de sí.

Aurora estaba deslumbradora de belleza, en medio de su inquietud, de su inmensa tristeza.

El sacerdote cayó á sus piés trémulo de emoci6n y de amor; díjola cuánto la adoraba; mas ella le escuchó con desden y con cólera.

Entonces huyó despavorido dejando á la morisca en un estado indescriptible... llegó á la Inquisici6n, donde le esperaban; pretestó ocupacion para otro día, que era el señalado para continuar los procedimientos contra Yahye y Adel, añadiendo á los jueces sus compañeros, que si él no habia vuelto á las ocho, y los presos estaban inconfesos, ensayaran sin su presencia la prueba de los tormentos ordinarios y extraordinarios.

¡Cuántos combates, cuántas resoluciones diversas sostuvo y tomó el desgraciado en las eternas horas que mediaron hasta la siguiente tarde! Empero cuando el sacerdote volvía á la senda de la razon y de la virtud, se le aparecía el altanero rostro de Aurora mirándole con desprecio, mofándose de su pasi6n y escarneciéndose del *converso*, riéndose del *leon domesticado*.

Con estas luchas, con estos combates pasaron las eternas horas que faltaban para las cinco de la siguiente tarde.

Los acontecimientos de esa tarde ya hemos procurado describirlos en el primer capitulo de esta historia.

El maestro Francisco Alvarado tembló de horror, cuando buscando á los acusados tropezó con un cadáver y un moribundo; cadáver y moribundo que devorarían las llamas, á pesar de todos sus esfuerzos, que ya serian forzosamente inútiles.

Además á esa muger por quien habia perdido la tranquilidad de su vida y la salvaci6n eterna de su alma, la habia llevado él, nuevo Judas, á las hambrientas fauces del tigre.

Entonces quiso salvar á esa muger á toda costa, aun perdiéndola para siempre; empero su primer esfuerzo fué tambien burlado.

El jesuita, tan orgulloso de su virtud, tan tranquilo ante sus ojos, se horrorizó de su propia infamia y se vió maldecido de él mismo.

Más ya había dado el primer paso en la senda del abismo, y érale imposible retroceder.

D. Juan Ortiz, el feroz inquisidor decano, propuso el tormento de cuerda para la morisca: esta proposición era incombustible en las prácticas del tribunal, puesto que la acusada estaba negativa. Oponerse á ello Alvarado habría sido dar que sospechar á sus compañeros é inutilizarse para salvarla en la ocasión suprema. Propuso sin embargo que se la dejara hablar con su hijo, el cual la haría confesarlo todo, pintándole los horrores del tormento. El inquisidor accedió á ello; pero Alvarado firmó, para el caso de que esto saliese fallido, el auto en que se le mandaba dar el tormento de torno!...

Aurora fué conducida al calabozo de su hijo, y declaró luego que su marido conspiraba con los moriscos sus hermanos.

El inquisidor decano quiso después que la morisca denunciara á sus hijos y revelara detalles... La amenazó con el tormento! Entonces intercedió el jesuita y salvó á la morisca de esa prueba terrible y siempre funesta para el que la intentaba. Empero el maestro Francisco Alvarado no se hacia ilusiones respecto del porvenir: harto comprendía que la hoguera amenazaba á Aurora.

Penetró entonces algunas veces en su calabozo, é intentó ablar con ella para salvarla... y... hallaba siempre en la reclusa el desden, la amenaza y el desprecio de la vida. Mas érale preciso al desventurado librarla, aun á pesar de ella misma, y salvarse á sí propio, pues si la morisca podía hablar algún día, se vengaría, y de una manera ruidosa y completa.

Oh! y el desventurado amaba aun, había bastante fuego tras las frias cenizas de su pasión, infame solo un día, para que se viera morir por los sarcasmos y la venganza de esa muger!

Más siempre estaba presente á su corazón la necesidad de salvarla, aunque la libertad de ella fuera la señal de su deshonra.

La campana del reloj de Santo Domingo, que daba las doce, interrumpió el sepulcral silencio del salón.

Una de las velas habíase consumido, y la otra esparcía ya sus postreros fulgores.

El fraile despertó del ensueño de plomo de sus pensamientos.

La luz de una resolución estrema iluminó su triste semblante.

Entonces con lúgubre sonrisa compuso sus vestidos y agitó la campanilla.

Al momento apareció un familiar á la puerta.

—¿Me espera el dominicano? dijo Alvarado.

El familiar se inclinó en señal de asentimiento.

—Que entre, añadió el jesuita.

El familiar renovó las velas y salió.

A poco apareció á la puerta con un hombre que vestía el hábito de los dominicos; y cerrando otra vez, desapareció el familiar, dejando al fraile á la entrada del salón.

Pasó un rato de silencio en que el recién llegado esperaba, y en que el Maestro Alvarado leía y releía en los papeles de la mesa, como sino se apercibiese de la presencia del dominicano.

Alzó luego como por acaso la cabeza, y su mirada tropezó con él.

—Ah! dijo Alvarado con cierto dejo de ironía: ¿estabais ahí vos, fray Anton de Lérida.

—Sí, reverendo maestro, espero las órdenes que os dignéis comunicarme.

—Hanme dicho que sois hombre para todo, añadió el jesuita marcando su acento.

Un rayo de cólera iluminó con siniestra luz la altiva frente del dominicano; serenóse empero y contestó:

—Siempre los mandatos honestos, —y acentuó esta palabra, —siempre los mandatos honestos de sus superiores, encuentran despierto y en pié al siervo de Santo Domingo: y se detuvo el altivo fraile en estas cuatro postreras palabras.

—Nuestro padre Santo Domingo era en la tierra, y aun lo es en el cielo, el siervo de Dios, exclamó Alvarado en tono de reprensión. No lo olvideis, os lo aconsejo por vuestro bien.

Más dejando esto ya aparte, pues os creó ortodoxo de corazón y de hechos, os llamaba para que me dijerais lo que hay de cierto en una extraña historia que me han contado de cierto hombre, hombre é historia que vos conocéis, y os llamo como verídico y dispuesto á acatar los mandatos honestos, pues todo ello interesa hoy á la exaltación de nuestra santa fé católica, y estirpación completa de las herejías.

Acercaos mas, fray Anton de Lérida.

El jesuita entonces despabiló las velas, colocándolas de manera que diese su luz de lleno en el rostro del dominicano, recostándose después muellemente en el sillón, como preparándose para una narración larga.

El fraile dominó su emoción presentando sereno el rostro ante la mirada de Alvarado.

Este comenzó su narración en estos términos:

—Hace ya algunos años que un día fui llamado con urgencia para cumplir los sagrados deberes de mi ministerio. Sin detenerme un momento seguí al mensajero, y... perdonadme, reverendo padre, que no pueda revelaros lugar y circunstancias, encontré á una pobre agonizante á quien debía oír en confesión... Figuraos por un momento que estamos en un hospital de Granada.

El jesuita observó que fray Anton de Lérida se estremeció visiblemente. Luego continuó:

—Aquella muger podría tener á lo mas treinta y cuatro años; empero su rostro era el rostro de una anciana, puesto que en él habían posado hondamente su mano los pesares.

Contóme que siendo ella muy jóven aun, se hallaba en una casa de beatas tranquila y feliz con la ignorancia y la paz de su alma, cuando el prior de un convento de la misma ciudad, cuya hija espiritual era, —mirad qué perversidad, padre reverendo! — la sedujo abusando de su sagrado ministerio.

El infame profanó el casto lecho de la esposa de Jesucristo.

Este impio había adquirido tal fama de virtud y de santidad, que no solo el pueblo, sino hombres tan probos como su propio obispo le tenían por un bienaventurado en la tierra (1).

Empero el hipócrita pertenecía á la secta de los alum-

brados, cizaña fatal de la mies cristiana, que como sabeis vos, apareció hace cosa de treinta y cuatro años en Estremadura.

Alvarado miró otra vez al dominicano, cuya frente estaba inundada de sudor.

Este hombre, continuó luego, hizo á la pobre religiosa la sacerdotisa de sus impuros placeres, y el mejor ejemplo de su infame secta. Confesaba á otras muchas religiosas del mismo convento; pero entre todas prefería á aquella como la primera en belleza y en aprovechamiento de sus impías lecciones. En efecto la oración de la desventurada era estática, y perseveraba en ella cuatro ó cinco dias sin comer ni beber, y aun segun algunos hasta se elevaba en el aire.

Aconteció pasado algun tiempo que tanta virtud no pasó desapercibida. Estendióse la fama del suceso, y de órden del obispo y de la Inquisición, hicieronse varias pruebas para indagar lo cierto de su arrobamiento.

Hincáronse alfileres de á blanca en las delicadas carnes de la religiosa, diósele humo por las narices; pero en vano: á todas estas pruebas permanecía ella insensible.

Más el diablo, que todo lo ordena á su voluntad, hizo que al cabo se descubriese tanta maldad, tamaña superchería.

Sucedió pues que como acostumbrase llevar á la beata la Sagrada Eucaristía en el pecho, sin luces, y casi sin acompañamiento, y entrase él solo, quedándose afuera la gente para entregarse después de administrársela á las mayores torpezas, y ella siempre que había de venir á verla su confesor, volvía en sí de sus éxtasis; todo esto al fin llegó á inspirar sospechas á ciertas gentes; pero lo que mas pronto descubrió todos estos crímenes, fué que otras de la misma casa, celosas de la fama de la sacrilega, la acecharon tanto y tan bien, que al cabo pusieron de manifiesto tanta mentira, tanta infamia y tanto sacrilegio.

Todo vino á parar en que ambos fuéron conducidos á las cárceles del Santo Oficio, sorprendido por largo tiempo.

Al principio ambos estuvieron negativos; pero al fin hablaron en los tormentos y confesaron la verdad toda entera.

Oh! ella era muger y como tal débil; pero ¡él, oh! él debió haber muerto en el braseró antes que desplegar sus labios!

El tribunal, para no deshonorarse á sí propio, y atendiendo á los ruegos del obispo, tuvo que mutilar el proceso en su lectura pública. Sin embargo duró este acto mas de tres horas.

Ambos, después de ser absueltos, fuéron condenados, él á reclusión perpetua en el convento de la Merced, y ella á servir por toda su vida en un hospital de Granada.

El maestro Alvarado acabó su extraña narración, se detuvo por algunos momentos y observó otra vez al fraile. Este tenía doblada la cabeza sobre su pecho.

—¿Qué me decis, padre reverendo? interrogó al fin: ¿os estremece sin duda tanta maldad?

Fray Anton de Lérida por toda contestación alzó con trabajosa lentitud su demudado rostro.

—El condenado, continuó el jesuita, se mófó de la sentencia del tribunal burlando la vigilancia de los buenos religiosos, á cuya custodia estaba confiado; y huyó una noche del monasterio...

—¡Oh! Dios mio! exclamó el dominicano con imperceptible acento.

—Hánme dicho, preguntó Alvarado, que vos conocéis á ese miserable, y que podeis conducir á los ministros del Santo Oficio hasta el lugar donde se oculta.

—Fray Anton alzó su cabeza con espresion que á pesar de sus sobrehumanos esfuerzos no podía llegar á marcar la del orgullo ultrajado.

—Os han engañado, maestro, le contestó: yo, oculto en mi celda, abandoné hace largo tiempo las miserias del mundo.

—Siempre hipócrita y miserable! exclamó el jesuita con colérico y solemne acento.

¡Baja tu vil cabeza, prior de San Bartolomé de Jaen, seductor infame de la desventurada Mari-Romera!

—Mintió como un vil calumniador el que tal os dijo, venerable maestro. Tengo enemigos crueles que quieren perderme á toda costa y dar mi nombre á la infamia. Yo os probaré tan claro como la luz del mediodía quién soy, en dónde nací, quiénes fueron mis padres, y en qué lugares pasaron los años todos de mi vida. Esclamó el dominicano haciendo un esfuerzo supremo.

El jesuita se alzó de su asiento, altivo y amenazador como la estatua animada de la ira celeste.

—¡Baja, baja tu cabeza impia, Gaspar Lucas el sacrilego, Gaspar Lucas el condenado!!! Tú has estado seis años en América, luego has seguido á los tercios en las guerras de Flandes, y un día al caer muerto en una emboscada tu compañero y amigo Diego María de Iniguez, te apoderaste de sus papeles. Entre ellos encontraste la partida de su nacimiento, su fé de viudo!

Tú, que todo lo mides y lo prevees, sorprendiste en las noches solitarias del campamento, en las largas horas de centinela toda la historia de su agitada existencia.

¿Esperarás ahora, como siempre, en tu impudencia de toda tu vida? ¿Querrás engañar aun á la santa Inquisición?

¡Empero por esta vez te equivocaste groseramente!

Tus delitos, que no podía dejar sin escarmiento la Providencia, te han hecho al fin venir á tu patria. Has puesto demasiada fé en tus papeles, y en tu minuciosa historia, y en tu impudencia. Engañaste al reverendo prior de los dominicos y al arzobispo, logrando al cabo pertenecer á la sagrada orden de Predicadores. ¿Conocerás al fin, aunque por última vez, que á pesar de todas las precauciones, siempre queda descubierta un punto del rostro mas velado, que no se puede borrar del todo la negra y honda huella del crimen?

Miserable! oye, oye este auto, y alza luego si te atreves la cabeza.

El jesuita cogió un voluminoso legajo de papeles, y leyó al fin de ellos.

—«Cuando sea habido este reo, —eres tú, Gaspar Lucas, dijo el jesuita interrumpiéndose, —cuando sea habido este reo, considerando que su muerte pública renovaría el escándalo general, será puesto en el segundo tormento de agua hasta que acabe, y después saldrá al auto público en estatua para ser relajado, como finado en cárceles secretas...»

Este proceso aguarda una cruz para su conclusión!!

—¡Piedad, piedad, reverendo maestro! exclamó al fin el dominicano cayendo de rodillas!

Alvarado le contempló un instante con colérico desden. Luego dejó caer una á una estas horribles palabras:

—Tú eres uno de aquellos hombres perseverantes en el crimen, que todo lo dejan al tiempo y á la seducción. Tu divisa en el mundo es el *gutta cavat lapidem* (1); pues bien, *gutta cavat lapidem*. ¿Conoces el segundo tormento de agua?

—Piedad! repitió cruzadas las manos fray Anton de Lérida.

—El condenado, siguió Alvarado, está en una habitación sombría con una mordaza á la boca, y en la inmovilidad mas completa. En su desnuda cabeza cae el agua gota á gota con lentitud horrible hasta que espira. *Gutta cavat lapidem!*

Y soltó una carcajada satánica.

—Piedad, piedad! repitió otra vez el dominicano casi desmayado.

—Oh! aunque eres un miserable indigno de compasión, te he llamado para que evites ese martirio infinito; dijo Alvarado con indescriptible acento.

—Oh! decidme lo que debo hacer, exclamó fray Anton, sintiendo penetrar en su corazón la esperanza.

—Aunque yo nada debiera decir de esto, habló el jesuita soltando lentamente sus palabras, cuéntase que algunos reos por evitar lo horrible de las penas, se han burlado de sus jueces, haciendo que al llegar el verdugo al calabozo encuentre solo un cadáver.

Fray Anton de Lérida se estremeció hasta la médula de los huesos; meditó por espacio de algunos segundos... Después se alzó del suelo con lentitud trabajosa.

—Oh, gracias, gracias! dijo á Alvarado: os debo mas que la vida, puesto que á vos debo el poder evitar ese largo y horrible tormento. El Señor os lo recompense en el cielo.

E hizo ademán de salir.

—Os advierto, le dijo el maestro Alvarado, que yo no cargo mi conciencia con el peso de ese consejo. Solo os he hecho una indicación; determinad vos luego lo que os plazca.

El fraile abrió la puerta para desaparecer.

Alvarado añadió con la mayor naturalidad del mundo:

—¡Ah, se me olvidaba! Debo añadir, reverendo, que hagais lo que os plazca antes de llegar á la tercera puerta, porque si poneis el pié en ella, Bernal, que os espera, os conducirá á la *cámara del tormento*.

El dominicano retrocedió como si le hubiese mordido un áspid el corazón.

—Oh! pero vos hareis que se me deje salir hasta mi cercano convento; dijo con agonía indescriptible.

—Imposible, contestó el jesuita con acento de irrevocable resolución. Como ya os he dicho, Bernal aguarda en la tercera puerta para conducir al tormento.

Fray Anton de Lérida miró á todas partes con desesperación, como inquiriendo un punto de huida; y luego el miserable rebuscó en vano un pensamiento en las profundidades de su cerebro.

—Oh! estoy perdido, perdido sin remedio! exclamó cayendo de rodillas y llorando.

Un rayo de alegría iluminó el rostro del maestro Alvarado, al contemplar el estremo abatimiento del fraile.

—Oh! confesad al fin, le dijo, que teneis un estremo pavor á la muerte! Que como todo criminal eres cobarde, Gaspar Lucas!

—Os lo confieso, maestro: conozco que á pesar de mis años tengo un inmenso amor á la vida, y que jamás intentaré contra ella.

—Oh! gracias, Dios mio, exclamó Alvarado hablando con el mudo lenguaje del alma! Gracias, pues que á pesar de mi crimen no me habeis abandonado aun!.. Perdonadme este ensayo cruel. Oh! no me he equivocado; este es el hombre que necesitaba para salvarnos!

Luego añadió en alta voz:

—Bien, muy bien, fray Anton... Sois menos criminal de lo que se puede creer de vos. El hombre en ningún caso puede disponer de su existencia, pesada carga que alguna vez debe sustentar por largos años como una espaciación.

Aun puedo salvaros y os salvaré...

Callad, callad, dijo cortando las demostraciones de agradecimiento de fray Anton de Lérida. Aun espero que el tiempo, que traerá la ancianidad sobre vuestra cabeza, os traiga con ella el arrepentimiento.

Escuchadme ahora atentamente.

—Freis con una penitencia á Almería... esa muger está condenada á reclusión perpetua... instruida en los sagrados misterios de nuestra religión sacrosanta. Haced los mas grandes esfuerzos para dar alguna paz á su corazón, que han herido grandes y misteriosas desgracias. Empero evitad hablar con ella lo mas pequeño acerca de lo pasado, porque, os lo advierto, si tratáis de inquirir los senos del corazón de esa muger, donde se esconde un secreto que el Santo Oficio ocultaría tras un mar de sangre, entonces, al haber escuchado la mas insignificante palabra, no os fieis de la almohada donde descansais la cabeza durante el sueño, ni del hábito que dé calor á vuestros miembros; porque en aquel mismo instante, vuestro mejor amigo, el hombre á quien podais mirar como hermano, os pondrá la mordaza en la boca y os conducirá á la cámara del tormento. No olvideis jamás que pesa sobre vos la mirada del Santo Oficio, que, harto lo sabeis, penetra el secreto de los mas oscuros corazones; que os ha seguido paso á paso en América y en Flandes; que no os ha querido matar allí, durante vuestros mas tranquilos sueños, por la mano de vuestro mejor amigo, de vuestro hermano de armas, porque necesitaba una justa reparación, una reparación completa. Que sois en fin un cadáver á quien se ha levantado la losa de su sepulcro y hechósele merced de la vida!

El maestro Alvarado al concluir estas palabras agitó con violencia la campanilla.

Al punto apareció Bernal en la puerta.

—Que espere su paternidad en la porteria; le dijo el inquisidor señalándole al fraile.

Fray Anton de Lérida no tuvo tiempo mas que para hacer una profunda reverencia á Alvarado: luego desapareció tras de Bernal.

El jesuita quedó otra vez solo en la lúgubre estancia, y otra vez vió con estremo terror levantarse ante él en la oscuridad sus acusadores pensamientos, como lúgubres fantasmas envueltos en sus negros sudarios.

(1) «La gota cava la piedra.»

(1) Este hecho es histórico, y aconteció en Jaen, siendo obispo D. Pedro Sarmiento.

(1) «La gota cava la piedra.»

CAPÍTULO XIV.

La sentencia.

Pocos instantes despues, el salon inquisitorial habia perdido su soledad y su lúgubre silencio.

Varios personajes acompañaban al jesuita.

Casi todos han figurado ya en nuestra historia, pues son los otros dos inquisidores compañeros de Alvarado, el secretario de lo secreto, el escribano maese Pero Yañez, y el fiscal fray Juan Ortiz.

D. Diego dijo dirigiéndose al secretario:

—¿Practicasteis ya todas las diligencias que os encomendó el Santo Oficio?

—Como vuestra señoría habrá tenido ocasion de ver, ya se dió el pregon del auto, que ha sido victoreado por todos; D. Luis de Monte salió esta tarde del Santo Oficio para cumplir su comision.

Iba el hidalgo caballero montado en un hermoso corcel. Seguianle gran copia de ministros, consultores, calificadores, familiares y caballeros, todos adornados de vistosísimas galas y ricas preseas, sobre briosos caballos, formando un escuadron hermoso á la vista y formidable al infierno.

Despues de la caballería marchaba una compañía de arcabuceros, y delante de todos un sonoro y dulcísimo juego de trompetas, y atabales, y chirimías.

Llegados á las casas del cabildo, subimos D. Diego y yo, siendo recibidos á las puertas por cuatro caballeros veinticuatro y dos jurados, que para este tan sagrado fin diputó la ciudad.

Así acompañados entramos en el gran salon, y despues de sentados dió D. Diego su recado, en el que con breves palabras manifestó que el tribunal anunciaba al cabildo haberse de celebrar auto general el 3 de mayo, para gloria de la fé cristiana y estipación de las herejías, convidando á la vez para que sus capitulares asistiesen al cadahalso y acompañasen al tribunal, aumentando con sus calificadas personas la autoridad del suceso.

A esto le respondió el señor veinticuatro mas antiguo, con la mayor cortesía y muestras de agradecimiento, que despues de tratado el caso avisaria por sus diputados al tribunal la resolución que se tomase, la cual no podia ser otra, añadió, que la del mayor obsequio á la fé, cuya causa, la mas importante á la pública, representaba en la tierra el Santo Oficio.

Despues fuimos despedidos á la puerta del cabildo, con las mismas muestras de cortesanía que á la entrada.

—Bien! dijo el sanguinario fray Juan, con cierta satisfacción. Los diputados del cabildo cumplieron como pedian las obligaciones de su sangre, y el cabildo como demandaba la nobleza de la ciudad á quien representa.

Vos, señor fiscal, sin duda habreis alcanzado el mismo éxito en vuestra comision, añadió con extraño acento.

—Oh! ya vereis, fray Juan. Al mismo tiempo que D. Diego y el alguacil mayor, salí del tribunal, tambien por supuesto con el propio decoro y formalidades. Llegados al palacio Arzobispal, fuimos introducidos brevemente. Su señoría oyó nuestro convite. Diónos á entender la veneracion que profesa al tribunal; pero acabó escusándose de asistir, por haber de salir mañana mismo al cuidado de su grey, y no serle posible volver para el día del auto.

—Ah! exclamó fray Juan con cólera. Eso ya me lo esperaba yo. El desventurado huye del Santo Oficio, para evitar la cuestion de precedencias.

¡Ese orgulloso príncipe de la Iglesia quiere anteponerse al Santo Oficio! ¡Al Santo Oficio, omnipotente en la tierra como Dios en el cielo, que ha humillado á emperadores y reyes, y ha hecho vacilar las tiaras en las cabezas de los Pontífices!

El feroz inquisidor, despues de decir estas orgullosas palabras, que nadie podia pronunciar sino el representante de la Inquisicion, dejó escapar de sus labios una sonrisa de lastima.

Luego añadió con su habitual calma.

—Dejando estas miserias terrenales, D. Diego, ¿pusisteis ya el bando de armas? ¿Se dieron los necesarios avisos á las iglesias y monasterios?

El secretario hizo una señal afirmativa.

—Leednos pues el edicto, añadió el Inquisidor.

D. Diego Perez leyó entonces un edicto, en el que se mandaba: «que el día del auto, ni veinte y cuatro horas antes ni hasta que estuviesen ejecutadas las sentencias, ninguna persona de cualquier estado y calidad llevase armas ofensivas ni defensivas, so pena de excomunion mayor *latæ sententiæ* y de perdimento de ellas; y que en este mismo día (el anterior al auto) desde las dos de la tarde ninguna persona anduviese en coche ni á caballo por las calles por donde habia de

Tres horas despues entraron á escribir las sentencias ¡Horribles, horribles sentencias!

Diez eran los reos quemados en estatua, y cinco en persona: entre los primeros contábase á Adel, fallecido en las cárceles del Santo Oficio, y á los fugitivos Farax y Macox, y entre los segundos á Yahye.

Fray Francisco Alvarado habia conseguido al fin sus deseos, despues de largos y laboriosos esfuerzos.

Zoraya no sufriria la pena de fuego. Empero habria de presenciarse el auto puesta una mordaza en la boca, y despues de dársele doscientos azotes, seria encerrada para siempre en la Alcazaba de Almeria, é instruida allí en los misterios de nuestra sagrada religion por el dominicano fray Anton de Lérida.

¡La desventurada habria de ver perecer en las llamas á su hijo Yahye, al hijo de sus entrañas, revuelto entre los restos de Adel y la imagen de Farax!!!...

El jesuita habló un momento en la portería con el dominicano.

Luego se encerró en una habitacion solitaria del tribunal.

Allí recostóse en el lecho; empero la fiebre mordía sus entrañas...

El desventurado durante estos eternos días de duda habia estado preocupado de un solo pensamiento... pensamiento que habia debilitado las fuerzas todas de su alma.

Despues, cuando hubo logrado sus deseos casi imposibles, sintió que Satanás abrasaba su corazón con la ardiente luz de una idea tardía.

¿Podria resistir la pobre madre ese horrible espectáculo?

El maestro Alvarado veíase al borde de un lago de negra sangre en que sentia resbalar su pié.

Oh! pensaba el infeliz, si á lo menos estuviera allí la tumba!...

El jesuita aun tuvo fuerzas para abrir la ventana.

En los hierros de un balcon de las vecinas casas estaba parada una azul golondrina, que saludaba con sus apacibles trinos la venida del alba.

Entonces Alvarado sintió pasar ante sus ojos una nube, y cayó desmayado!

Muy entrada ya la mañana le levantaron algunos dependientes del tribunal que le buscaban temerosos de tan largo sueño.

(Continuará.)

El cercado de lilas inmediato al Observatorio de París.

Ahora que los periódicos hablan del proyecto de establecer para el próximo verano bailes campestres, por el estilo de los de *Mabille*, *Chateau Rouge*, *Asnieres*, etc., de París; *Bouxeal*, *Cremont Gardens*, etc., de Londres, creemos oportuno dar una idea de este género de diversion, presentando la vista de uno de los mas lindos salones de baile campestre de París. En otro tiempo existia en el mismo sitio una casa de campo de mal gusto, llamada *La Cartuja*, pero en seis años se ha operado una trasformacion completa, de modo que el cercado de lilas es hoy digno rival de la gran cabaña.

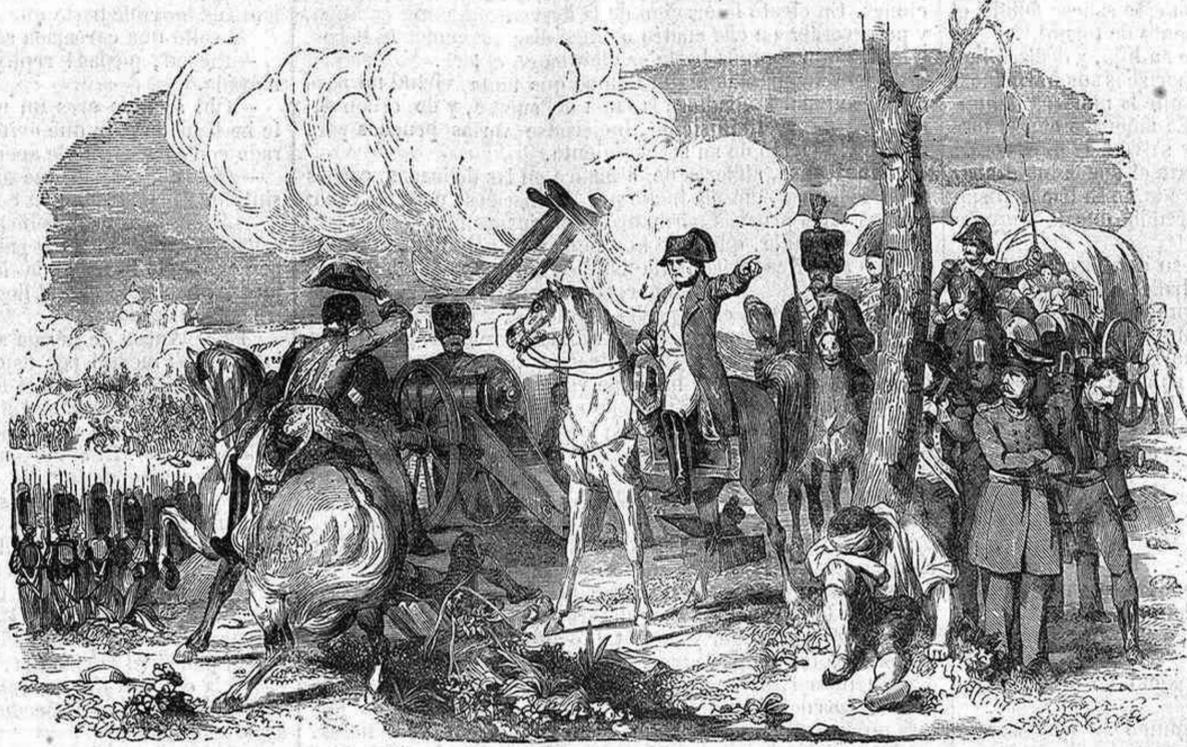
Los estudiantes y la flor de las grisetas del barrio latino frecuentan este baile. Beranger, el ilustre cancionero, visitó tambien algunas veces el cercado, y cada vez que á él acudió, recibió una completa ovacion, que le dirigió esa loca juventud tan entusiasta por sus populares canciones.

ESPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

BUFETE POR M. SACINDERS.

Este mueble, de estilo cascajoso, es de una elegancia perfecta. Las figuras que sostienen la consola, esculpidas con esmero, producen magnífico efecto. Las puertas son de madera de rosa con incrustaciones de oro sumamente hermosas. En la parte inferior de este bufete se ha colocado un reloj de arena, y en la superior la estatua del Talento.



Batalla de Arcole.

»pasar la procesion, ni entrase en la plaza donde estaba el »cadahalso.»

El secretario, al concluir la lectura de este auto, le puso al pié el sello del tribunal.

—Ya se ha convidado, añadió luego, á todos los conventos y parroquias para las procesiones de la cruz, mandándoles á la vez que en ninguna de las iglesias haya el día del auto sermón ni misa cantada.

Además, con la debida anterioridad todo esta preparado para la solemne procesion de la cruz verde (1).

Pasados unos momentos salieron el secretario y el fiscal, dejando solos á los tres jueces.

(1) El día anterior al del auto se hacia la procesion de la cruz verde, en la que se llevaba del alcázar al cadahalso una cruz de este color cubierta con velo negro. Esta procesion era solemnisima. Concurrían á ella,



Paso del monte de San Bernardo.

además de los numerosos dependientes del tribunal y los familiares de todo el distrito, los frailes de todas las órdenes religiosas de la ciudad, etc. Las varas del palió eran llevadas por los consultores y calificadores. La música acompañaba á los ministriles, que cantaban el himno *Vejilla regis produnt*, etc. La procesion con gran orden y multitud de luces, pasaba por los sitios mas concurridos, y llegaba al lugar del cadahalso, donde estaba preparado un altar, en el que era colocada la cruz por el fiscal del Santo Oficio, y quedaba toda la noche alumbrada con velas blancas y encomendada á la custodia de los religiosos de Santo Domingo y de los milicianos de Cristo, que hacian centinela hasta los primeros albores del día, en que cambiaba la escena. Casi con las mismas solemnidades era conducida al brasero la cruz blanca.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.